

La Esfera

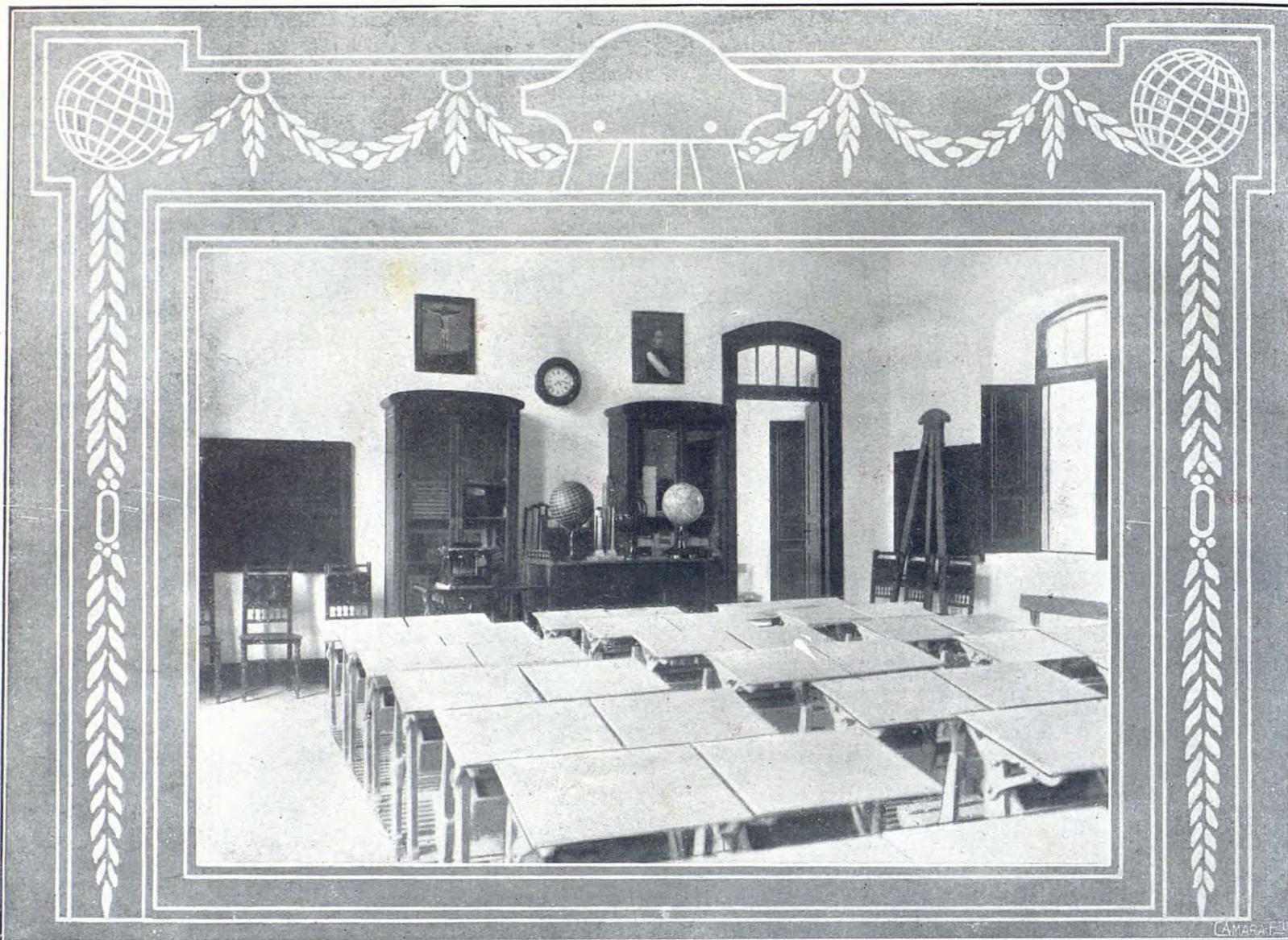
4 Marzo 1916

Año III.—Núm. 114

ILUSTRACION MUNDIAL



CARNAVAL, dibujo de Echea



Una de las clases de las Escuelas de Vivero

Nos pasamos la vida pidiendo, como suprema aspiración del porvenir nacional, que á nadie le falte, en su infancia, el alimento indispensable para el desarrollo físico y la enseñanza cultural necesaria para colocarle en condiciones ventajosas de luchar más tarde con provecho para sí mismo y para el engrandecimiento de su Nación. Pues si esta es la aspiración de los buenos patriotas y si nadie puede ignorar las dificultades económicas que la contrarían, justo me parece dar aire y dar publicidad á cuanto se realice en este sentido.

El primer inconveniente, y el más grave sin duda alguna, que se opone á la acción personal para contribuir al sostenimiento de las fundaciones particulares, está siempre en la desconfianza de la inversión de los fondos reunidos.

Ya hay muchas personas caritativas que darían gustosas una cantidad para los fines nobilísimos que los solicitan, pero inmediatamente y á la par del impulso generoso, acude á ellos la sospecha de la inutilidad del sacrificio.

¿Daremos dinero...?—se preguntan. Y ellos mismos se contestan... *pero ¿á donde irá...?* ¿Lo emplearán en aquello para que realmente lo piden ó se irá por filtraciones y por cloacas...?

Y á mí me parece obra patriótica y labor de ciudadanía el poder contestar: *pues mira, ahí está tu dinero y en eso, en lo que tú querías y en lo mismo para que tú lo dabas, en eso lo emplearon. ¿Para escuelas fué? Pues mira las escuelas levantadas.*

Ya sé yo muy de sobra que es bastante más divertido para los lectores el presentarles la fotografía del primer mono prehistórico, hallado en las cavernas trogloditas, ó la del último mono hallado en un Ministerio con un destino de seis mil reales por ser yerno de algún personaje... pero de vez en cuando no sobra que los periódicos ilustrados den esta nota de verdad y de nacionalismo.

También me consta que para muchos sería preferible, en lugar de este artículo serio y profundo, una crónica de sociedad describiendo el trale de fulanita y contando, á ser posible, quien le paga ese traje, y otros, á la encantadora fulanita... pero ya me dispensarán que, por una vez, me preocupe de lo grave, y que deje, por una vez, la amena frivolidad y las malas intenciones y la dulcísima murmuración, que para todos os deseo. Amén.

Con el nombre de *Vivero y su comarca* se ha creado en la Habana una asociación para construir escuelas, dotarlas de ajuar y útiles de enseñanza, y una vez construido el edificio y dotado de material, *regalarlo á España*, al Estado Español, para que él nombre maestros y maestras.

Es decir, con dinero de fuera de España, enriquecer á España. ¿No vale la pena de que hablemos un poco de ello...?

Esta filantrópica Asociación—de la que es presidente de honor y representante general en España D. Justo Taladril y Catá, un hombre que merece por esto y por cien títulos más el respeto y la estimación de todos sus conciudadanos—lleva entregadas al Estado tres escuelas y están construyendo otros ocho edificios que muy en breve se terminarán, para ser asimismo entregados.

Los edificios se levantan con arreglo á la ley de 1857—la ley Moyano—y conforme á los planos-modelos del Ministerio de Instrucción Pública, emplazándolos en donde disponen los arreglos escolares.

Muebles y material de enseñanza se ajustan á los modernos adelantos, y en cuestión de higiene y de comodidad se estudia siempre la aplicación de lo más novísimo.

En la Habana, mil emigrantes de la región vivariense están inscritos en el libro de donantes. En Méjico tienen una Delegación, otra en

Tampa, y en Madrid también establecieron una, de la que son Presidentes de honor SS. MM. Don Alfonso y Doña Victoria.

El Diputado á Cortes por Vivero, D. José Soto Reguera, es quien lleva en Madrid la dirección de los trabajos, especialmente en lo que se refiere á las relaciones con los Gobiernos para las formalidades de la entrega y el nombramiento por oposición de los Maestros, dedicando á ello su talento y sus entusiasmos por el Distrito.

Doloroso es para mí el tener que alabar á un liberal... ¡pero no lo volveré á hacer...! Y dispénseme por esta vez.

Esta obra patriótica y altruista, en que el amor á España resplandece, tiene un aspecto además de extraordinaria importancia por lo que se refiere al problema de las emigraciones, viniendo á demostrar la conveniencia y la utilidad de ellas. El amor á la tierra, la tierra lo dió, pero la tierra extraña lo avalora. De lejos se ama más y mejor...

Van por miseria, triunfan por trabajo, y luego, su amor y su fortuna vuelven para España. Y como ellos, los emigrantes, saben mejor que los filósofos y que los estadistas como ha de resolverse el problema social, no quieren que otros emigrantes vayan en las mismas condiciones de inferioridad que ellos fueron, y los preparan con pan y con escuelas para que emprendan el viaje en igualdad de medios para luchar con el niño alemán y con el niño inglés que llevan siempre un caudal importante de conocimientos que ya el Estado les proporcionó.

Son niños que van y son hombres que vuelven. Se pierde momentáneamente una inteligencia y un brazo, pero después se recupera en definitiva esa inteligencia sumada á una fortuna. Vienen y van... Van y vienen... Es la ley de la ola. Y la ley de todas las vidas.

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

Un amigo mío, con quien me unen vínculos sempiternos, ha dado en la flor de amenizar su ancianidad cultivando el huerto frondoso de sus recuerdos: mas en esta labor no le ayuda con la debida continuidad su memoria, que á las veces ilumina con vivísimo esplendor los días pasados y luego se eclipsa y los deja sumergidos en noche tenebrosa. Estas intermitencias del historial retrospectivo de mi amigo le turban y desconciertan. Escrita la primera parte de sus apuntes biográficos, no ha muchos días que la puso en mis manos pidiéndome que llenase yo las lagunas ó paréntesis que hacen de su obra una mezcolanza informe sin la debida trabazón lógica de los hechos que se refieren. A tales escrúpulos respondí yo: «Simplón, no temas dar á la publicidad los recuerdos que salgan luminosos de tu fagigado cerebro y abandona los que se obstinen en quedar agazapados en los senos del olvido, que ello será como si una parte de mi existencia sufriese temporal muerte ó catalepsia tras de la cual resurgirá la vida con nuevas manifestaciones de vigorosa realidad». Asintió á este parecer mi fiel amigo y no tardó en enviarme el primer capítulo de sus desmemoriadas memorias que á continuación verá el ocioso lector.

1

Incapacitado para el orden cronológico por la rebeldía innata de mis ideas, doy comienzo á esta primera parte de mi existencia por el fin ó los medios de ella.

Omito lo referente á mi infancia que carece de interés ó se diferencia poco de otras de chiquillos ó bachilleres aplicaditos. El 63 ó el 64—y aquí flaquea un poco mi memoria—mis padres me mandaron á Madrid á estudiar Derecho, y vine á esta corte y entré en la Universidad, donde me distinguí por los frecuentes novillos que hacía, como he referido en otro lugar. Escapándome de las Cátedras ganduleaba por calles, plazas y callejuelas gozando en observar la vida bulliciosa de esta ingente y abigarrada capital. Mi vocación literaria se iniciaba con el prurito dramático, y si mis días se me iban en *flanear* por las calles, invertía parte de las noches en emborronar dramas y comedias. Frecuentaba el Teatro Real y un café de la Puerta del Sol, donde se reunía buen golpe de mis paisanos.

En aquella época fecunda de graves sucesos políticos precursores de la Revolución, presencié confundido en la turba estudiantil el escandaloso motín de la noche de San Daniel—10 de Abril del 65—, y en la Puerta del Sol me alcanzaron algunos linternazos de la Guardia Veterana, y en el año siguiente el 22 de Junio, memorable por la sublevación de los sargentos en el cuartel de San Gil, desde la casa de huéspedes, calle del Olivo, en que yo moraba con otros amigos, pude apreciar los tremendos lances de aquella luctuosa jornada. Los cañonazos atronaban el aire; venían de las calles próximas gemidos de víctimas, imprecaciones rabiosas, vapores de sangre, acentos de odio... Madrid era un infierno. A la caída de la tarde, cuando pudimos salir de casa, vimos los despojos de la hecatombe y el rastro sangriento de la revolución vencida. Como espectáculo tristísimo, el más trágico y siniestro que he visto en mi vida, mencionaré el paso de los sargentos de Artillería llevados al patíbulo en coche de dos en dos por la calle de Alcalá arriba para fusilarlos en las tapias de la antigua Plaza de Toros.

Transido de dolor les ví pasar en compañía de otros amigos. No tuve valor para seguir la fúnebre trailla hasta el lugar del suplicio y corrí á mi casa tratando de buscar alivio á mi pena en mis amados libros y en los dramas imaginarios que nos embelesan más que los reales.

Respirando la densa atmósfera revolucionaria de aquellos turbados tiempos, creía yo que mis ensayos dramáticos traerían otra revolución muy honda en la esfera literaria, presunción muy natural en los cerebros juveniles de aquella y esta generación. Todo muchacho despabilado, nacido en territorio español, es dramaturgo antes de ser otra cosa más práctica y verdadera. Yo enjaretaba dramas y comedias con vertiginosa rapidez y lo mismo los hacía en verso que en prosa; terminada una obra, la guardaba cuidadosamente recatándola de la curiosidad de mis amigos; la última que escribía era para mí la mejor, y las anteriores quedaban sepultadas en el cajón de mi mesa. Claro es que yo frecuentaba los teatros, principalmente en

los estrenos. En una localidad alta del Teatro Español asistí al estreno de *Venganza catalana*, del maestro García Gutiérrez, y quedé tan maravillado, que al volver á mi casa no se me ocurría más que quemar mis manuscritos... pero no los quemé; lo que hice fué imaginar otras cosas conforme al patrón del grandioso drama que había visto representar á Matilde Díez y á Manuel Catalina... Al relatar este suceso dudo si lo coloco en el lugar cronológico que le corresponde.

Pasaron días y al aproximarse el verano del 67 llegó á Madrid una persona de mi familia con un hijo suyo, mi sobrino, y me dieron la grata noticia de que me llevarían á París á ver la Exposición Universal, el acontecimiento culminante de aquel año. ¡Oh sorpresa del Destino en la vida de las criaturas! ¡Ora sean éstas hombres barbados, ora muchachos imberbes! Parecíame un sueño, un cuento de hadas verme yo transportado á París, la metrópoli del mundo civilizado.

Devorado por febril curiosidad, en París pasaba yo el día entero calle arriba calle abajo en compañía de un plano estudiando las vías de aquella inmensa urbe, admirando la muchedumbre de sus monumentos confundido entre el gentío cosmopolita que por todas partes bullía. A la semana de este ajeteo ya conocía París como si éste fuera un Madrid diez veces mayor. Frecuentes paradas hacía en los puestos de libros, que allí son cajones exhibidos en los *quais* á lo largo del Sena. El primer libro que compré fué un tomito de las obras de Balzac—un franco; librairie nouvelle—. Con la lectura de aquel librito, Eugenia Grandet, me desayuné del gran novelador francés, y en aquel viaje á París y en los sucesivos completé la colección de ochenta y tantos tomos, que aún conservo con religiosa veneración.

De la Exposición Universal no hablemos; estaba instalada en un inmenso barracón elíptico—Campo de Marte ó de Marzo—y rodeada de magníficos jardines donde cada nación había levantado un edificio de su peculiar estilo. Si he de decir verdad, la Exposición me mareaba, me aturdió y siempre salía de allí con dolor de cabeza. Me agradaba más admirar las joyas artísticas del Louvre, del Luxemburgo ó las riquezas arqueológicas del Museo Cluny. Pero mi mayor goce era presenciar las grandes solemnidades públicas, como la revista militar que pasaba el Emperador á las tropas en los Campos Elíseos. Me parece estar viendo á Napoleón III con sus bigotes engomados y su perilla según la moda de aquel tiempo, el pecho lleno de cruces, figura en verdad poco napoleónica. También hice entonces conocimiento visual con la bellísima emperatriz Eugenia y con los soberanos europeos que fueron á visitar la Exposición, entre ellos el rey de Portugal, Don Luis I, el sultán de Turquía y el rey Guillermo de Prusia, que tres años después, derrotado Napoleón III en Sedán, se coronó emperador de Alemania en Versalles.

El resto de mi tiempo en aquel verano lo empleaba paseándome observando la transformación de la gran Lutecia iniciada por el segundo Imperio. Los boulevares Hausmann, Malshervés, Magenta y otros de la orilla derecha, así como los de Saint Germain y Saint Michel en la orilla izquierda, estaban en construcción. No se veían más que derribos de barrios enteros y enormes hileras de andamios. Los progresos de esta reforma pude observarlos al año siguiente, pues el cielo benigno me deparó la inaudita felicidad de volver á París al año siguiente. *Estaba escrito* que yo completase rondando los *quais* mi colección de Balzac—librairie nouvelle—y que me la echase al coleto obra tras obra hasta llegar al completo dominio de la inmensa labor que Balzac encerró dentro del título de la Comedia Humana.

Con las personas que me llevaron á París volví á Madrid sin incidente notable, y en el intervalo entre este primer viaje y el segundo—1868—saqué del cajón donde yacían mis comedias y dramas, y los encontré hechos polvo; quiero decir, me parecieron ridículos y dignos de perecer en el fuego. Pasados algunos meses, reanudé mi trabajo literario, y sin descuidar mis estudios en la Universidad, me lancé á escribir *La Fontana de oro*, novela histórica, que me resultaba fácil y amena. Un impulso maquinal que brotaba de lo más hondo de mi sér, me movió á este trabajo, que continué metódicamente hasta que llegaron personas de mi familia para llevarme á París por segunda vez. Heme aquí viajando por eta-

pas, ferrocarril del Norte, frontera pirenaica, Mediodía de Francia y Orleans, hasta dar fondo en la *Ciudad luminosa*. Esta me fué tan hospitalaria como en la etapa del 67.

Por-abreviar, referiré que fuimos por jornadas cortas á través de la bella Francia hasta llegar á Bagnères de Bigorre, estación de baños en el Pirineo. Al escribir esto, surge en mi memoria una lamentable confusión. Ello es que, como también estuve en Cauterets, no sé si fué en este viaje ó en el anterior. Sea lo que fuere, reanudo el hilo de mi narración relatando que en el delicioso pueblo de Bagnères de Bigorre proseguí escribiendo *La Fontana de oro*, sin llegar á terminarla. Luego continuamos nuestro viaje á lo largo del Midí francés, llegando hasta la hermosa Provenza, Aviñón, Montpellier, Perpiñán... Aquí se embarulla otra vez mi memoria; pues recuerdo á Marsella como si la estuviera viendo. Sin duda retrocedimos de Marsella á Perpiñán, y entramos en España por carretera en viaje molesto y peligroso, hasta parar en la ciudad de Figueras, donde tomamos el ferrocarril para ir á Girona. Ví y examiné esta población á mi gusto, visitando sus monumentos y recorriendo todas sus calles y plazas. ¡Qué lejos estaba yo de pensar que seis años después había de escribir el episodio *Gerona!* Tan fijos quedaron en mi mente las bellezas, accidentes y rincones de la invicta ciudad, que no necesité más para describirla.

Al llegar á Barcelona, me encontré de manos á boca con la Revolución de España que derribó el trono de Isabel II. Eran los últimos días de Septiembre. La escuadra con Topete y Prim se había sublevado en Cádiz al grito de abajo los Borbones. Serrano, Caballero de Rodas y otros caudillos militares desterrados en Canarias, habían vuelto clandestinamente en el vapor *Buena-ventura*, mandado por el valiente capitán Lagier. Toda España estaba ya en ascuas. Barcelona, que siempre figuró en la vanguardia del liberalismo y de las ideas progresivas, simpatizaba con ardorosa efusión en el movimiento.

Recuerdo haber visto al Conde de Chestre, Capitán General de la región, paseando por la Rambla al frente de los mozos de Escuadra. Su actitud imperiosa y un tanto teatral dejaba en el público impresión semejante á la de los espectadores de una tragedia donde todo se expresa en versos fríos y retumbantes.

Atento á la bullanga política, desde la fonda me sobraba tiempo para recorrer la ciudad risueña, verdaderamente encantadora. Aún existía la Muralla de Mar, paseo delicioso desde Atarazanas hasta el jardínillo del Capitán General. Iniciado estaba ya el grandioso ensanche con sus hermosas vías y el Paseo de Gracia, incomparable avenida que pronto había de rivalizar con las mejores de Europa. En mis sucesivos viajes á Barcelona he visto, año por año, el desarrollo de esta ciudad, que supera en belleza á las joyas del Mediterráneo, Marsella, Génova y Nápoles... Dejo esta materia para otra ocasión y continúo mi relato político diciéndos que al siguiente día de haber visto en la Rambla al prepotente Conde de Chestre, llegó la noticia de la victoria de Alcolea, y ¡Viva España con honra...! ¡Abajo los Borbones! ¡Adios, generosa Isabel, hasta que volvamos á vernos en París, Palacio de Castilla, donde has de contarme interesantes casos de tu azaroso reinado!

Mi familia se asustó del barullo revolucionario, y como estaba anclado en el puerto el vapor *América*, correo de Canarias, nos fuimos á bordo para partir hacia las Afortunadas al siguiente día. Por la noche, desde el vapor, presencié las demasías de la plebe barcelonesa, que se limitaron á quemar las casetas de consumos. Era una revolución de ajetos, de expansión en un pueblo culto. Al amanecer zarpó el *América* para Canarias; y como yo ardía en curiosidad por ver en Madrid los aspectos trágicos de la Revolución, rogué á mi familia que me dejase en Alicante, donde hacía escala el correo; y con tanto calor me expresé, añadiendo el pretexto de continuar mis estudios en la Universidad, que mi familia me dejó bajar á tierra. Del muelle corrí á la estación; poco después me metía en el tren para Madrid... A las pocas horas de llegar á la Villa y Corte tuve la inmensa dicha de presenciar en la Puerta del Sol la entrada de Serrano... Ovación estruendosa, delirante.

(Continuaremos)

B. PÉREZ GALDÓS

LA ESFERA

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



RETRATO DE UN INFANTE, cuadro de Mengs

CHARLAS
DEL MUSEO

LOS RETRATOS DE MENGES



RETRATO DEL REY D. CARLOS III



RETRATO DE LA INFANTA MARIA LUISA

NOTORIA y muy conocida es la decadencia de la pintura española durante la primera mitad del siglo XVIII, en cuya época puede afirmarse que no existieron artistas españoles dignos de tal nombre.

Desaparecido Velázquez y aquella pléyade de maestros realistas del siglo XVII, y no habiendo surgido todavía Goya, era el arte en España como noche densa, obscurísima, entre un esplendoroso día pretérito y otro futuro día más espléndido aún.

Felipe V y su hijo Fernando IV recurrieron al arte del otro lado de las fronteras. Se pedía a la pintura francesa e italiana maestros que educaran y encauzaran a nuestros pintores.

De Francia llegan Antonio y Miguel Angel Hovasse, Juan Ranc, el discípulo favorito de Rigaud, y Van Loo; de Italia Vanvitelli, Procaccini, Amiconi, Corrado Giaucinto y Tiépolo.

Anarquía infecunda empobrece y desquicia entonces el arte. Los pintores que nacen a la sombra de los maestros extranjeros dejan una obra anémica e incapaz de seguir sanas tradiciones y menos de imponerlas. Los nombres de estos pintores no dicen nada a nuestra sensibilidad ni a nuestra memoria: Juan Bautista Peña, Pablo Pernichero y Antonio González Ruiz — los tres primeros pensionados que envió oficialmente España a Roma —, José Dessent, Antonio González Velázquez.

Inútiles eran también los esfuerzos de los que pretendían se-



RETRATO DE MARIA AMELIA DE SAJONIA, MUJER DE CARLOS III

guir las huellas de los maestros españoles del siglo XVII, como hacían Rodríguez Blanes, Miguel de Aguila, Alonso de Tovar. Y pasaban inadvertidos artistas de la sinceridad estética y del rico temperamento del catalán Viladomat.

Estaba destinado a Carlos III el dar un impulso nuevo a las bellas artes.

Dice Caveda en sus *Memorias para la Historia de la Academia de San Fernando*: «Mientras que engrandece a Madrid con las fuentes del Paseo del Prado, las puertas de Alcalá y de San Vicente, la Aduana, la Imprenta Real, el Banco de San Fernando, la casa de Filipinas, la de Correos y las obras del Retiro y del Jardín Botánico, surgen a su voz, de entre las olas, los arsenales del Ferrol y de la Carraca; cruzan la Península espaciosas carreteras; se abre el canal Imperial de Aragón; reciben nuevas mejoras los Sitios Reales; quedan concluidas las obras del Real Palacio de Madrid; se convierten Pamplona, Figueras, Barcelona y el Campo de Gibraltar en inexpugnables fortalezas, y encuentra la Pintura en el ornato de los Reales Palacios brillantes ocasiones de ostentar sus progresos...»

Y trae—añado yo— a Rafael Mengs cuando ya el pintor bohemio (había nacido en Ausig el año 1728) estaba en la madurez de su talento, cuando ya tenía títulos de pintor de rey de Polonia, del rey de Bohemia, era profesor de la Academia del Capitolio y

había de ser nombrado muy pronto «príncipe» de la Academia de San Fernando de Florencia.

Rafael Mengs no merece los hiperbólicos elogios que le consagraron sus incondicionales; pero tampoco pueden aplicársele, sin grave injusticia, los conceptos agresivos de sus detractores.

José Nicolás Azara, su íntimo amigo y apolo-gista que aseguró había reunido Mengs en la tabla del «Descendimiento»: «la gracia de Apéles, la expresión de Rafael, el claro obscuro del Correggio y el colorido del Tiziano», llegó á decir («Memorie concernenti la vita di A. R. Mengs»). «Si fuera posible y racional la transmigración, podría afirmarse que el genio de Grecia, de la florida Grecia, había reencarnado en él».

Y Ceán Bermúdez, en su «Diccionario de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España», asegura que: «Fué el pintor de más mérito y reputación en Europa. Se buscan sus obras con empeño desde la Rusia al Cabo de Finisterre. El arte de la Pintura, decaído en este siglo, recobró su perfección y las olvidadas pasiones del ánimo; la grandeza de los caracteres, la suma corrección del dibujo, el decoro, la costumbre, la belleza ideal y otras sublimes partes volvieron á aparecer en Europa con las obras de este gran profesor».

Iguales ó más elogiosos términos todavía emplean para hablar del pintor de cámara de Carlos III Jovellanos, Ponz y Boraste. Y Winckelmann, su compatriota, que con él representaba el idealismo transcendental Kantiano como única fuente estética, le titula en su «Historia del Arte antiguo» «el Rafael de su siglo».

En cambio Ricardo Cumberland, en su obra «Anecdotes of eminent painters in Spain during the sixteenth and seventeenth centuries», no sujeta su pluma para el ataque despiadado. Analizando la «Natividad», que en aquella época se consideraba una verdadera joya artística, dice: «que aquel Niño-Dios no es más que un feto sacado de un frasco; que Mengs vió mucho é inventó muy poco; que su pincel fué incapaz de dar así la vida como la muerte; que si Rubens, por virtud de uno de los inapelables oráculos del pintor bohemio fué rebajado hasta el punto de descubrir la ignominiosa estulicia de un traductor tudesco, Mengs, por su parte, era tan incapaz de pintar un cuadro semejante á «La Adoración», del maestro veneciano, como de encender en el cielo de Oriente la estrella que guió á los Reyes Magos».

Sin embargo, Mengs fué, ante todo, un espíritu selecto y noble que buscaba la renovación estética orientando la pintura hacia el clasicismo. Dotado de una cultura vastísima y de una disciplina filosófica muy de su siglo, era admi-



EL INFANTE D. ANTON O PASCUAL
Retrato de Mengs

rador ferviente del idealismo de Rafael y de las perfecciones impecables helénicas. Su obra literaria fundamental, «Consideraciones sobre la belleza y el gusto en la pintura», acusa una gran serenidad de juicios y una sinceridad capaz de afrontar el ridículo por sus convicciones.

Pocas veces se habrá visto tan elevado y honrado un hombre, sin que este hombre sintiera el vértigo del valimiento y poderío que le otorgaban los demás. Seguía siendo humilde, sencillo y, sobre todo, entusiasta inspirador de cuantas empresas realizara Carlos III en bien de las Bellas Artes.

Pero este pintor que de tal modo teorizaba lo que debía ser el arte pictórico, ¿respondía luego con su pincel á lo que su pluma prometía?

No del todo, aunque tampoco en el absoluto

fracaso que Cumberland le atribuía. Ciertamente sus frescos del Palacio Real de Madrid no pueden competir con los de Tiepólo y que harta audacia —disculpada por la honrada fé en su tendencia academicista y clasicista—fué pintar la «Apo-teosis de Trajano», tan cerca del maravilloso techo del «Salón de Embajadores», que acaso sea la obra capital del admirable maestro veneciano. Ciertamente sus esfuerzos en la pintura religiosa no alcanzaron aquella latina gracia y aquel sereno colorido y aquel sentido tan preciso de la armonía que poseía su ídolo Rafael.

No obstante, hay en la obra de Mengs algo considerable y que, tratado un poco desdeñosamente por la crítica, antojásemelo digno de más detenido examen: los retratos.

Desde el suyo propio, que no llegó á terminar y que tal vez por esto tiene una sobriedad amplia y fuerte, hasta aquellos otros más amanerados de toque, más minuciosos de procedimiento como un recuerdo de sus primeros ensayos de esmalista y miniaturista, la pinacoteca de Carlos III abundaba en retratos notabilísimos firmados por Mengs.

De un gran interés documental además de su valor artístico. Muchos de los modelos que Mengs retrató niños ó en la primera juventud, habían de pasar luego bajo la mirada aquilina y el pincel nervioso de Goya. Curiosa resulta, pues, la comparación de ambos temperamentos en las técnicas tan distintas.

Pero el que consideremos á Goya el más grande de todos los pintores españoles —por encima incluso de Velázquez—no es obstáculo para que dentro de la modesta esfera donde se agita, dejemos de reconocer á Rafael Mengs, entre otros aciertos, los dos rotundos del «Retrato de un Infante», donde hay una riqueza sabia y experta de colorido y una sutil revelación de buen gusto y el «Retrato de María Luisa de Parma», cuando era princesa de Asturias.

Lienzo perfecto me parece éste por la delicadeza de su armonía azul y plata, tan fina, tan exquisita, tan sugeridora de la galantería perfumada de la época. Aun la misma actitud un poco afectada de la princesa con una rosa en una mano y el abanico en la otra, recortando gentilmente la silueta sobre un jardín que fuera también madrigal y sonora, también á minueto, ratifican este sello de elegancia y refinamiento que nunca abandonó Antonio Rafael Mengs, y que había de ser intolerable amaneramiento en sus discípulos Maella y Bayeu.

Y no menos interesantes son también los de la esposa de Carlos III, la Infanta María Luisa y de la duquesa de Toscana y el del Rey D. Carlos III y de Fernando IV.

SILVIO LAGO



LEOPOLDO, GRAN DUQUE DE TOSCANA



FERNANDO IV, REY DE NÁPOLES
Cuadros de Antonio Rafael Mengs



MARIA LUISA, GRAN DUQUESA DE TOSCANA



El rapto de Europa

La tierra se quiebra y se raja,
la voz de cien truenos el aire ensordece,
un fiero granizo de plomo los mustios rosales desgaja
y el humo los áureos destellos del sol obscurece.
Vacilan los recios pilares,
el suelo se cubre con ruinas de claustros y altares,
alumbra una hoguera de bojés floridos y piedras labradas
y en sangre se anegan los yertos caminos...
No hay flores, ni risas, ni trinos,
ni luz, ni alboradas.

ooo

La Muerte se yergue con regia altivez soberana,
celebra triunfante sus días

y escancia en un cráneo la púrpura humana
que llena de luz del Misterio sus cuencas vacías.
Europa su cuerpo engalana
con velos que tienen bordados los áureos blasones
de trágicas glorias,
mantos que cubrieron sueños y ambiciones
y fueron bandera de añejas victorias,
y son un sudario partido en jirones.

ooo

La noche es eterna, sin luz de luceros,
las fuentes son ríos de sangre preciosa,

rojas son las mieses, rojos los senderos...

¡La Muerte ha elegido una esposa!
Por campos de sangre teñidos,
sobre pechos rotos y cráneos partidos
la Muerte galopa
clavando en la tierra sus manos delgadas y frías,
fijando en el suelo sus cuencas vacías...
Allá va la Muerte... Cabalga á sus lomos Europa.

José MONTERO

DIBUJO DE SANCHO

EL ENTIERRO DE LA SARDINA

MIÉRCOLES de ceniza, en que la breve vida del Carnaval, sufre la puñalada de muerte que le acaba en la noche del domingo de Piñata, parece que es el más alegre y bullanguero de todos los días.

Acaso por ser el más plebeyo, huyen las máscaras de los lugares que el Concejo tiene á bien designarles para jarana y bureo, y allá se van á las riberas del río, donde parece que gozan de más anchura y libertad.

Desquítanse allí de la poca compostura que hubieron de guardar en las calles y paseos de la corte, y tiéndense y desenvuelven á todo su tante y satisfacción.

Es á modo de un villano, que por ineludible compromiso siéntase por la primera vez de su vida ante la mesa de un comedor donde es menester guardar ciertas etiquetas y composturas, á las que él no está acostumbrado, y de vuelta á su casa se conduce con toda la libertad que le faltó en el convite.

El canal, es para el pueblo de Madrid como su propia casa, de muy antaño es lugar predilecto para sus expansiones, y por eso en él está á sus anchas, y con el descuido y abandono que el bueno de Sancho decía estar en su rincón, donde sin miras á la cortesía y respeto á los extraños, podíase permitir muy bien todo género de libertades.

ooo

Amanece el dicho miércoles, que es primero día de meditación, porque á las puertas está la Cuaresma, y comiézase por el ajetreo de las cocinas humildes. No era antaño este cuidado, sin preocuparse de ir antes á tomar la ceniza en la parroquia, lo mismo hombres que mujeres, y en aquella santa señal (aunque tuvieren el alma ansiosa de diversiones), llevaban la recordación de lo que tenfan de ser.

Más apenas hollaban de nuevo la lonja del templo, tornábales á bullir el pensar con las promesas de la tarde en las riberas del río.

Ahora, este cuidado cristianísimo ha venido un poco á menos, y pueden contarse muy al detalle y por menudo los menestrales bullangueros, que teniendo la obsesión del entierro de la Sardina, acuden antes á tomar la ceniza.

No faltan, á primera hora matinal aguardientes y letuarios, que dispongan los cuerpos para las copiosas jornadas de la tarde, y tales hay que toman la preparación con tan buena voluntad, que no pueden llegar á ella.

Dadas que son las dos, parecen un hormiguero las calles que conducen á las márgenes de nuestro Manzanares.

¿Quién fuera capaz de enumerar la diversidad de gentes? ¿Qué oído tan armonizado para distinguir la profusión de ruidos, y qué vista tan privilegiada para recoger la infinidad de colores?...

Comparsas, estudiantinas, carrozas, pero ya



"El entierro de la sardina", cuadro de Goya



El entierro de la sardina en la época actual

FOT. SALAZAR

sin los lujos y ceremonias del domingo y lunes, sino desorganizadas y limpias de adornos.

Las máscaras zarrapastrosas, embadurnados los rostros con tizne de sartenes, vestidas con andrajos, y gastando burlas soeces y de ninguna edificación, corren por el cen.ro, haciéndose paso á fuerza de empujones...

El día es para ellas.

Ya en la ribera, recorriéndola desde el Puente de Toledo, hasta el Pico del Pañuelo, aparece el fúnebre cortejo de la sardina...

ooo

Mas huelgue todo intento descriptivo y párense los ojos en ese lienzo que inmortalizó el diestro pincel de D. Francisco de Goya, pues á fe, que él ha de decir más que todos los coronistas que hasta la hora de ahora tuvo la Corte...

Es holgorio típicamente madrileño, ¡miren qué cosas!, no tiene sabor de verbena ni de romería. Es mucho más plebeyo, algo especial que mi pluma inexperta no acierta á describir. Es la más villana fiesta de todas, y, sin embargo, tiene un encanto que no se encuentra en las otras, como San Isidro, San Antonio, San Pedro... Yo creo que es como el resumen y reflejo de aquellas otras ya muertas, que fueron de San Blas, Santiago el Verde y el Trapillo.

Esta carnalesca que llegó hasta nosotros, tenía más sangre madrileña que todas ellas, y las sobrevivió.

DIEGO SAN JOSÉ

EL CARNAVAL Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS



FIESTA BÁQUICA

DIBUJO DE MARIN

Bajo el oro del sol se amontonaron los racimos oscuros y en la quietud del suelo desgranaron sus granos bien maduros.

Y en el lagar donde las sombras juegan cuando muere la tarde los pies nevados con las uvas bregan y el vino salta y arde.

Tejen las ninfas la gentil guirnalda del mancebo que olvida sus pesares mientras se duerme en el calor de un halda ebrio de amor, de vino y de cantares.

Unos ojos, fanal de los deseos, dicen en su mirar sus alegrías, mientras sobre la tierra son trofeos las ánforas vacías.

Blande el tirso de flores Sileno en derredor de las bacantes que ofrecen el licor de los amores en sus labios fragantes.

Y al desgarrarse los rosados velos de la nueva alborada, al azul de los cielos alza Baco su frente coronada.—J. M.

Cuentos Españoles



Mientras suena un vals

El prelude de un vals trenza en el aire el ritmo lento de sus notas. El salón se puebla de bailarines. Máscaras de todos disfraces: jóvenes bullangueros, señores respetables que se han perdido el respeto á sí mismos; acomodadores, vendedores de bombones, guardias y porteros. La amplia sala refulge de luz y parece un ascua bullangante, hervidora, cuyo seno se agita con espasmos plutónicos. En el ambiente flota un sutil polvillo que la luz finge de oro. Huele á *confetti*, á vino andaluz y á carne joven. El conjunto colorinesco y agitador de los bailarines que se apretujan y codean dando vueltas sin descanso, más parecen espíritus posesos de algún tormento de sed ó de hambre cegados de ojos y embrutecidos de instintos que corren el círculo sin fin de sus obsesiones. Semeja una rueda de endemoniados que celebran la sabática fiesta de sus sentidos.

Pasan dos máscaras bailando. Un Pierrot blanco, romántico, que parece conservar aún sobre su cuerpo la luz de la luna. Ella es una linda estatuilla de carne; también va vestida de blanco: es Colombina, nieve y rosa. Los dos, así juntos, ofrecen una exquisita evocación: los eternos símbolos del amor sentimental. Hablan con las caras juntas, con voz queda, en actitud de galante rendimiento.

ELLA.—¿Me esperabas?

EL.—Te espero siempre. Tu recuerdo es sombra tangible que camina delante de mí. Tu amor nunca me abandona, aun cuando tú te alejes.

ELLA.—Tus palabras tienen el fascinador encanto de una exquisita caricia. ¿Cómo no se

pierde el misterioso perfume de tu alma? ¿Tan sabio te hizo el amor?

EL.—No fué el amor, sino el dolor. Tengo el secreto de la melancolía.

ELLA.—¿Y con él me dominas?

EL.—No; él hace eterno y siempre nuevo el ensueño de nuestras almas: tu inconstancia es mi encanto; mi tristeza tu fascinación. Esta noche el baile ha disfrazado de filosofías el alma de tu Pierrot. Mas no temas que las rosas de la amargura hayan destruído la perfumada flor de mi poesía. Tú eres siempre la dama gentil de mis versos; mi boca tiene siempre un madrigal para tu exquisita belleza.

El diálogo se pierde entre las voces de los danzarinés. Pasa una avalancha de máscaras cogidas de las manos, que van saltando al compás de la música. Una lluvia de *confetti* cae sobre un grupo y parece que sepulta los cuerpos en un alúd de partículas de oro. El vals repite su melodioso motivo; sus notas suenan como un dulce canto de amor que llega desde lejos. El aire se satura de perfumes; es más intenso el olor de vino andaluz, de carne joven, de telas nuevas, de papel y bombones aromatizados: rosa, chantilly, nardo, Imperia... Tiene la sala olor de jardín exótico. Pasa otra vez la pareja blanca: Pierrot y Colombina.

El diálogo es ahora rápido; hay un tono de angustia en las palabras, breves, enigmáticas, saturadas de rencor y pesimismo.

ELLA.—¿Te has fijado? Es ¡él!... Yo creo que nos ha descubierto.

EL.—Es casi seguro que nos haya reconoci-

do. Me odia bastante para adivinar mi presencia. Mas, no temas, que aun cuando el Destino haya hecho de su alma cobijo de mi fatalidad, es suficientemente avaro de su vida para arriesgarla por amor.

ELLA.—(Volviendo atrás la cabeza de vez en cuando para ver si los siguen). ¡Que mal conoces la vida, mi blanco poeta!

EL.—Yo soy el triste soñador que persigue á un fantasma: el amor. Y en el jardín de mi ensueño llora mi alma sus desvíos. ¿Por qué te alejas de mí, si los dos somos eternos peregrinos de un mismo ideal?

ELLA.—La vida no es solo ensueño, mi loco amado...

EL.—¿Y á qué despiertas de él? ¿Que extraño poder ejerce esa influencia sobre tu voluntad? ¿Qué fascinación te hace esclava?

ELLA.—La realidad que tú no vives.

EL.—Mal amo elige tu alma. Mira, eso que tú llamas realidad, de qué elementos se compone: Perfidia, traición, egoísmo, avaricia; todos son atributos del dolor. Nuestro mundo es mejor y más bello...

ELLA.—(Descubriendo por fin que los siguen). ¡Nos acecha!... ¡Míralo, tras de nosotros; trae un disfraz de Arlequín!...

EL.—¡Ese es el traje de su alma, que hoy no la oculta!

ELLA.—¡Calla; tengo miedo!... ¡Huyamos de aquí; temo su venganza!...

EL.—Deja que la satisfaga; aunque nos alejemos no podremos evitarla. Advierte que viene acompañado de una poderosa influencia: trae

por pareja á la hija de Polichinela. ¿Olvidas que la justicia, en esta comedia de nuestra vida, es la Riqueza?...—Escucha, Colombina: ¡qué bella compañera del ensueño es la música!—No temas. ¿Qué importa que sea en una hora de ahora, el instante elegido por la Fatalidad? Fuera de aquí, esta noche, brilla la luna; su luz tibia, de espectro será la mortaja blanca, que como una caricia, bañará de plata nuestras vestiduras...

Se pierden otra vez, entre los grupos que danzan. El ensueño renace y los envuelve. Tienen sus blancas figuras tal encanto de líneas,

Del fondo de un ángulo del salón, irrumpe entre los danzarines un grupo de mascarones, de disfraces absurdos y misteriosos, que en compacto grupo avanza, riendo, cantando, en una algarabía de chillidos y exclamaciones agrias, inarmónicas, simuladoras de una falsa alegría, en cuyo fondo vibra algo enigmático y augurador, que produce la sensación escalofriante de una amenaza, de un presagio lúgubre y fatal, que se cierne y aproxima oculto en el fondo de aquellas voces turbadoras, irrespetuosas y groseras. Hay un instante en que la algarabía de los dan-

Ha llegado invisible á la fiesta, una terrible máscara, y á su presencia todos los cuerpos han sentido la caricia escalofriante de sus manos intangibles. En el centro de la sala, y entre el grupo de mascarones siniestros que un momento antes cruzaron á lo largo del salón, dos cuerpos hallanse tendidos, enlazados aún, sobre cuyos blancos disfraces de Pierrot y Colombina, unas rosetonas sangrientas marcan la floración siniestra de la muerte.

Un corro de curiosos se forma en torno del grupo.



que parecen sus cuerpos inmaterializados, espiritualizados, como sombras que vagasen perdidas, siguiendo quizás el jugueteo de las notas del vals que va dejando en el aire las dulces armonías de sus diluidas vibraciones.

El vals refluye con más intensidad su melodía; parece que se agudiza y después, nuevamente, declina, en un aleteo de notas murmurantes, desfallecidas, como un llanto de mujer que se escuchase perdido en la distancia, vago, confuso, con la emoción suavemente opresora de un dolor que se presiente.

zarines, el motivo melodioso de la música, la oscilación colorinesca de los disfraces, el parpadeo de la luz, el áureo polvo que flota en el aire, las ondas sofocadoras de olor de vino, de flores, de telas nuevas, de papel pintado, todo lo que en el salón se agita en estrafalaria mescolanza, extrañamente lascivo y enervante, el alma loca, en fin, de Momo, inconsciente, borracho y sudoroso, que preside la fiesta, los ritos absurdos de su liturgia, calla como en fuerza de un conjuro, que marcarse en el disco de las horas el minuto de tregua, inexorable y fatal.

Cesa la música. Voces curiosas con temblores de espanto, interrogan:

—¿Por qué ha sido?... ¿Quién fue?... ¡También ella! ¡Es horrible eso!... ¡Pobrecillos!...

En un ángulo apartado de la sala y en la penumbra roja de un amplio cortinón, que cubre una puerta, señalase la silueta de Arlequín, rígida, inmóvil, con la cara enharinada, fría, contraída en una sonrisa burlona y enigmática...

FERNANDO MOTA

DIBUJOS DE VARELA DE SEJAS

UNA FECHA MEMORABLE LA BATALLA DE COVADONGA

EN el año de 1918 se cumplirá el XII centenario de la batalla de Covadonga. Prescindiendo de rigorismos cronológicos, historiadores y cronistas están de acuerdo, y para los españoles el hecho en sí tiene suficiente valor, para que no se pierda el tiempo en discutir la fecha en que tuvo lugar uno de los mayores acontecimientos de la Historia. Aquel en que Pelayo fué el héroe y precursor de la independencia, no ha sido conmemorado cumplidamente. Y cuenta que ya va para mil doscientos años.

Nuestra actual generación española presencia la terrible lucha en que se destrozaron y aniquilaron las primeras y más florecientes naciones de Europa. Nuestra vecina Francia interviene en la contienda y ofrece un continuo ejemplo de patriotismo, de abnegación y desinterés, muy contrario, por cierto, á lo que de ella esperaban cuantos tenían presente el recuerdo del desastre de 1870-71 en su lucha con Prusia. Aquella Francia triste y vencida, que sufrió una dolorosa amputación de su territorio, se rehizo rápidamente, y sobreponiéndose á su derrota, arrogante y magnífica repitió y proclamó por todos los ámbitos del mundo los derechos del hombre libre, como si un nuevo sol de justicia y de igualdad rasgase las tenebrosas oscuridades de la esclavitud humana; vertió pródiga y generosa su sangre por la libertad espiritual y abogó porque el pensamiento y las ideas se expusieran sin rémoras ni trabas.

Pero el rápido avance en la carrera de sus libertades, el incesante galopar de sus ideas, que acortaban distancias y traspasaban fronteras, ensanchando el campo donde pudiera volar el pensamiento, parecía indicar que se olvidaba de los deberes que impone el amor patrio para ofrecer sus energías y su corazón al amor de la humanidad.

Vuelta de espaldas al pasado, parecía cerrar el libro de su historia, dividirse, descomponerse, abjurar de los viejos ideales para convertir su nombre en bandera de un ideal nuevo, y, sin embargo, allí está hoy beligerante en la mayor lucha que vieron los siglos, ofreciendo al mundo un sorprendente ejemplo de unidad, de trabajo y de sacrificio, compitiendo con las demás naciones, que son sus aliadas ó sus enemigas, en patriotismo y en abnegación, enseñando cómo se defiende el suelo en que se nace, cómo se vela por su integridad y sus glorias y cómo por ella se sufre y se muere.

El mundo contempla aterrado la cruenta lucha europea y se espanta de la perfección—¡triste paradoja!—á que el progreso y la civilización han llegado en los medios de destruirse ó debilitarse. Para nosotros los españoles, espectadores de la contienda, lo doloroso consiste en nuestra fría impasibilidad, cruzados de brazos, y con la atención hipotecada á favor de unos ó de otros beligerantes, como si nuestro porvenir y nuestra salvación dependieran de éstos ó de aquéllos, y de lo que, al descuido, pudiera dejarnos la suerte como residuo de una victoria. Mientras la lucha se extiende á nuevos frentes de batalla y crece su eco y se prolonga, sin que nos sea dado saber cuál será su fin, nosotros aparecemos incapaces para unirnos en una sola aspiración, bajo una sola voluntad, al amparo de nuestra única bandera, la que es señal, suma y compendio de la nacionalidad española. Antes al contrario, perdemos el tiempo lastimosamente estableciendo diferencias, engendrando odios, separándonos, divorciándonos, cuando debiéramos estar más férreamente unidos. En estos momentos de inquietud y de incertidumbre

para Europa, profundizamos nuestras cuestiones disputando sobre si el catalán ó el vasco debe hablarse en estos ó en los otros actos oficiales; respecto á si esta ó la otra bandera es ó puede ser la enseña representativa de la patria ó de la región. No reparamos, ciegos, en que de estas polémicas trasciende un aliento suicida, abren una herida en la gran Patria, única é intangible, la desangran y debilitan y arrancan un girón á la bandera española, dentro de la nación, única y grande, santa y gloriosa. Hay que decirlo. Los hombres de buena voluntad no tratan de oponerse al desbordamiento de la corriente. Los patriotas más ilustres y abnegados, los que ciernen su vuelo por las cumbres soberanas de la inteligencia y de la salud moral de España, cierran sus oídos á los requerimientos del deber; no hacen de su obligación un sacerdocio, ni tienen fe y alientos de cruzados, porque en estos momentos de peligro no predicán la unidad y compenetración de las almas, ni tratan de infundir á los corazones españoles el sentimiento de

lados por una luz mansa y suave, de majestuosas montañas cuyas cumbres soberbias clavan sus cúspides en el embrumado cielo, de lomos imponentes, donde el hijo del desierto comenzó la odisea de sus desventuras, para ser después de 780 años hundido y sepultado por siempre con la entrada triunfal en Granada de la España Católica, de esta España grande, heroica y señora, que tiene entre sus glorias la conquista de un nuevo mundo y que siempre quiso hacer honor á las tradiciones de su poderío y á las hazañas de sus reyes, sus santos y sus héroes.

Si en Asturias tuvo su origen la reconquista de nuestra libertad, de Asturias debe partir la iniciativa de conmemorar el XII centenario de la batalla de Covadonga. Sus hijos ilustres, que son muchos y de mucha mayor autoridad que el que humildemente lanza esta iniciativa, pueden ser los primeros que levanten la voz en el concierto de voluntades españolas. El augusto Príncipe de Asturias, primogénito de nuestros Soberanos, pudiera ser el motivo más

solemne del centenario con la ceremonia de su confirmación en las santas alturas del santuario asturiano. Así, seguramente no habría corazón de español que dejase de arder en encendido amor á España y no olvidase las inquietudes del presente ante las esperanzas del porvenir.

Si la epopeya de Pelayo fué una leyenda, sus ejemplares episodios son edificantes y saludables para el alma nacional. Si la epopeya constituye una verdad histórica, nuestro olvido y nuestra ingratitud serían de todo punto imperdonables. Hazaña legendaria ó hecho histórico, el origen de la Reconquista debe ser la bandera en cuyos pliegues dejemos los españoles nuestros besos y pongamos nuestros fervores.

Hago envío de estos sentimientos á todos los hijos de la noble Asturias. Los que la honran y enaltecen por su talento y su posición deben ser los primeros que levanten la voz para ser ejemplo de los demás: Fermín Canella, los marqueses de Villaviciosa, Canillejas y Argüelles; los condes de la Vega y de Revillagigedo; Vázquez Mella, Melquiades Alvarez, Rafael María de Labra, Manuel y José de Argüelles, Dellín F. Vega, Juan Bances Conde, Ignacio Herrero y Celestino Alvarez García, Darío M. de Labra, Manuel Pedregal, Rodríguez Sampedro, Parres y Sobrino, Ignacio Noriega y Nicanor de las Alas Pumariño y con ellos el Presidente de la Diputación Provincial, el Obispo de la Diócesis, el Rector de la Universidad, los Directores de los Institutos de Oviedo y Gijón, el Abad de Covadonga, los Alcaldes asturianos, la Prensa de la región, todos los centros asturianos de España y América, cuanto es nobleza, talento, fuerza y energía, en fin, debe tomar la iniciativa y hacer de ella una cruzada.

Si S. M. el Rey, que tiene en su excelso corazón de patriota levantado un trono á las glorias de España, se digna pasar los ojos por estas líneas, las prestará seguramente el amparo de su simpatía y no negará luego su regio apoyo á la iniciativa de una provincia ilustre, de una región heroica, de unos hombres que son gala y prez de la patria, cuando se diga: Señor: España quiere conmemorar el duodécimo centenario de la batalla de Covadonga; ponéd vuestra voluntad y vuestro corazón al frente de nuestra idea para que la sirva de guía y escudo; que os debamos todos la glorificación de la Reconquista, en una comunión de sentimientos y de entusiasmos de España.

Febrero de 1916.

MARIANO ZAVALA



Interior de la histórica cueva de Covadonga

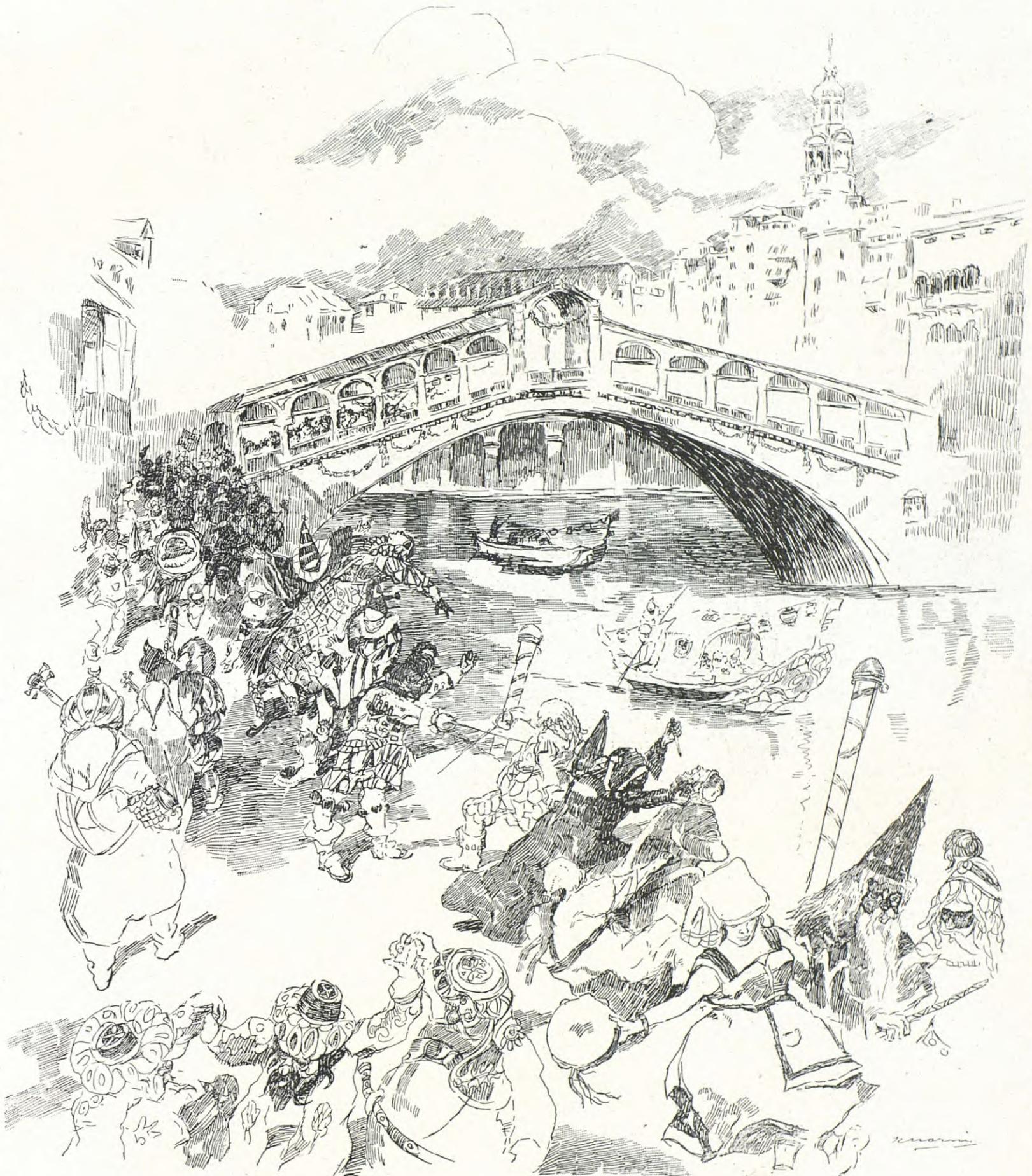
FOT. CAMPÚA

la pureza y del desinterés; la idea del sacrificio de los bienes individuales y materiales en holocausto á la madre común y generosa, la Patria, que para todos debe ser el amor de los amores.

La Historia, juzgadora definitiva de los actos humanos después de Dios, vigila atenta esta hora crítica. Hoy, menos que nunca, debemos y podemos olvidar que España ha sido combatida por muchos huracanes. Pensemos que los halagos y caricias que nos hacen unos y otros beligerantes, pueden ser mañana el látigo que nos cruce el rostro. ¡Quién sabe si los que hoy nos brindan las dulzuras de amistad, serán mañana los que más piensen en destruirnos! No fiemos en la fuerza del brazo amigo. Nuestro porvenir no debe ser entregado, ni mucho menos sometido al vencedor ó al vencido de la contienda, porque si éste no puede darnos apoyo en las amarguras y debilidades de su derrota, el otro puede humillarnos y despreciarnos en las soberbias vanidades del triunfo. *Nuestra salvación no depende de los extraños, sino de nosotros mismos.*

Para establecer los cimientos de nuestra unión y remover el surco en que hayamos de hacer nuestra eficaz siembra de patriotismo, ninguna fecha más á propósito que la que señala el XII centenario del origen de nuestra independencia y que España debe conmemorar como la más grande y más gloriosa de cuantas llenan las páginas de su historia. Covadonga, el majestuoso rincón de Asturias, es actualmente lugar de devoción cristiana y en él, á través de los siglos, vive y perdura el recuerdo de nuestra epopeya. La Naturaleza conserva intacto aquel maravilloso panorama, de horizontes incomparables ve-

EL CARNAVAL Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS



NOCHE VENECIANA

DIBUJO DE MARÍN

Bajo la luz cristalina
de la luna diamantina
que envía besos bruñidos,
brillan los altos balcones,
los orgullosos blasones
y los mármoles floridos.
Desde el puente engalanado
se percibe el compasado
remar de los bateleros

y entre luces y fulgores
suspiran por sus amores
cantando, los gondoleros.
Entre gasas y colores,
bajo una lluvia de flores
atarden las mascaradas,
mientras un galán celoso
quiere ganar, desdeñoso,
un corazón á estocadas.

En la reja florecida
de la mujer preferida
llora un tierno madrigal;
y al abrirse la ventana
con el sol de la mañana,
hay en la reja un puñal.
Una góndola dorada
es la alcoba perfumada
con aromas y cantares,

donde una novia suspira
y loca de ce os mira
secarse sus azahares.
En las calles, la mañana
canta una loca diana
de luces y de color,
y en los azules canales
celebra sus esponsales
la Locura y el Amor.—J. M.

CARETAS



guir, pero que en cambio le hace sentir el perverso placer de verse envidiado ú odioso...

Los más, incapaces de divertirse por su cuenta, como en la lucha por la vida son incapaces de iniciativa que les emancipe, les redima y les encumbre, van sin enmascararse para que les diviertan las máscaras. No pocos, á poner faltas á lo que no serían capaces de inventar...

Y esto y aún más que, con espacio, pudiera escribirse de los individuos, pudiera decirse de las naciones. ¿Qué es, si no, esta guerra que todos estamos sufriendo y maldiciendo sino una trágica carnalada? Cansados los pueblos de vivir sensatamente, en paz y en gracia de Dios, se han sentido tentados del pecado

DIGAN lo que quieran los moralistas temporeros que por estos alegres días trinan y truenan en los periódicos contra la fiesta de la careta y del disfraz, el Carnaval es la fiesta más humana que existe.

Precisamente, la mejor definición del hombre sería decir que es un animal racional que siente muchas veces el deseo de desrazonar.

Por prudente que sea, ¡quién no siente más de una vez al año la tentación de una locura, de un desatino, de un disparate!

¡Y es que el exceso de cordura es en muchas ocasiones la peor insensatez!

Y los hombres lo comprenden.

Y todos sienten el deseo de mostrarse, por unas horas, locos; que es como ser sensatos.

No nos diferenciamos entonces sino en esto: en que los unos se dejan llevar de sus impulsos y enfundándose en un disfraz y calándose una

bailando, fué antes toda su vida, y así, cuando se dan al diablo, es rabiando de verse menospreciadas y humilladas á todas horas por la Maldad triunfante; rendidas por un rudo trabajo tan ingrato y tan cruel, que ni para sustentarlas basta, de modo que con estricta justicia no se podría afirmar cuándo fué su verdadero malvivir.

Por mi parte, confieso que el Carnaval es una de las fiestas que más me entusiasman y me gustan. Y sobre todo, si llueve en sus días.

Porque así no voy á verlo, y me quedo en casa imaginándome un carnaval divertidísimo, desde luego mucho más de lo que suele ser en la realidad.

Y cuando luce el sol y hace bueno..., tampoco voy á verlo, por no desengañarme.

Por eso soy uno de los más ardientes defen-



de la sinrazón, de obrar como irracionales, y se han disfrazado de guerreros.

Y ved el Carnaval de esta lucha espantosa.

Pueblos que no se entrometen en la contienda, no por sensatez, sino por miedo unos al mal papel que pudiesen hacer entre tan brillantes máscaras; otros, por ver mayor y menos peligroso provecho en vender los proyectiles para la carnalada; algunos cándidos, como aquellos individuos que esperan divertirse á costa del ingenio de quienes se enmascaran, porque á ellos les falta para holgarse, esperando que de las calamidades del vecino les sobrevenga en lo porvenir su prosperidad; papel de cuervos que luego tienen que conformarse con roer unos huesos que á veces son los propios...

Al Carnaval se le culpa de muchos pecados que no son suyos... Se le apostrofa como el causante de toda deshonestidad y de toda per-



sores del carnaval, sobre todo en este momento. Por eso y, aunque parezca paradójico, por la misma razón que otros son sus detractores.

¿Por qué? A ver si se entiende: en unas memorias inglesas de 1760, y cuyo autor no recuerdo, se cuenta que durante algunos años se oyó un árbol que gemía. Estaba redondeándose el buen propietario, cuando á un aldeano escéptico se le ocurrió proponer que se troncase el árbol, y en él se descubrió una oquedad que comunicaba con un subterráneo, desde el cual el industrioso dueño producía los gemidos, para que se los pagasen por oír la maravilla...

No tienen otro valor muchos gemidos y muchas carcajadas, ataques y apologías.

E. GONZÁLEZ FIOLE

DIBUJOS DE GALVÁN



Galván



careta—que suelen ser exteriorización de sus gustos ó de su falta de gusto, de sus instintos y de su espíritu; algo así como un *confiteor* grotesco é inconsciente—y hacer unos dispartes de mayor marca ó de menor calibre; mientras los otros, no se atreven á imitarles por muchísimas razones: aquel porque la vanidad le pide un traje muy lujoso y á su tacañería le parece demasiado caro para lucido tan poco tiempo; á este por vergüenza, por miedo al que dirán; el de más allá porque ya lleva su careta todo el año y á ella debe su medro y su fortuna, y teme perderlo todo si al quitarse la de su hipocresía y ponerse la de cartón, quizá más sincera, se le escurran una franqueza y un cinismo que pongan al descubierto su natural; el otro, para ver si intentan ponerle colorado, cosa difícil de conse-



dición para la mujer... No hay que tomarlo muy al pie de la letra. El Carnaval es como esos Tenorios vocingleros de sus conquistas, gallos alborotadores que no han cometido peor pecado que el de su cacareo. Casi todas las conquistas quedan reducidas á cuatro locas que estaban rabiando porque las perdieran. Las más de las veces el conquistado fué el Tenorio. El Tenorio fué la ocasión, el pretexto ó el instrumento solamente. Así es el Carnaval. Pretexto, ocasión ó instrumento.

Algunas veces, razón. Ni más ni menos que la Primavera de que es nuncio. Peor que el Carnaval, en cuyos días las que se pierden se pierden

LA ESFERA

ARTE FOTOGRAFICO



AL AMOR DE LA LUMBRE

FoL. Caballero



ANDERMATT, POÉTICO Y PINTORESCO PUEBLECILLO DE SUIZA, SITUADO EN LAS INMEDIACIONES DEL SAN GOTARDO

LA ESFERA

ARTE FOTOGRAFICO



SOL PONIENTE

Fotografía á contraluz, por Ruano Bolívar



UNA AVENTURA DE DON JUAN

*El bello Don Juan es eterno:
—jugador, valiente y carnal—
y retorna, desde el Infierno
en las noches de Carnaval.*

◇

*Fué en un baile funambulesco;
la luna ilumina el jardín
y piruetea el picaresco
bellaco de Don Arlequín.*

*En los salones de la danza,
rebozada en blanco disfraz
Colombina, la rubia, lanza
un guiño, bajo su antifaz.*

*Pierrot, el lunario poeta
de la clásica comedieta,
ve á la Pálida en el umbral,*

*y sus bucles ralos se erizan
mientras las luces agonizan
igual que á un soplo fantasmal...*

*Don Juan ve á la dama inquietante
y la pluma de su birrete
barre la alfombra, en un galante
giro, muy siglo diez y siete.*

*Tras su antifaz, la Descarnada
mostraba las lúgubres cuencas
con la lucecilla embrujada
de sus pupilas azulencas.*

*—Tapada del negro monjil
y de la mano de marfil,
bríndame tus labios en flor.*

*—Burlador gentil de mujeres,
en mi tálamo, los placeres
duran cien siglos, burlador.*

◇

*Don Juan, galante, discreta;
en una danza loca, van
y hasta la Muerte coquetea
entre los brazos de Don Juan.*

*Al remate de la aventura,
poseso de una fiebre loca,
trenzándola por la cintura
le da un beso en la fría boca.*

*Después, á la luz de la luna,
cruzaron la negra laguna
en una góndola encantada;*

*se oye un seco crujir de huesos
y el estallido de los besos
de la Señora Descarnada.*

◇

*Don Juan se tornó á los Infiernos,
pero no os aflija su suerte,
él sabrá ponerle los cuernos
á su seca esposa, la Muerte.
La esposa de la hórrida mueca
cuya coyunda es eternal...
Pero él se burla de la Seca,
porque Don Juan es inmortal...*

EMILIO CARRÈRE

DIBUJO DE BARTOLOZZI

NUESTRAS VISITAS

A A ANSELMI R R

DEL Anselmi artista al Anselmi caballero particular, existe una diferencia asombrosa.

El repertorio teatral del prodigioso cantante, compuesto en su mayoría por tipos sumamente espirituales, hondamente románticos, casi aromados con un poco de perfume de mujer, ha ido formando el error de que Pepe Anselmi es afeminado y hasta histérico, cual una doncellita caprichosa... También ha contribuido á fomentar esta idea esa colección de retratos en que el artista aparece con actitudes y gestos un poco afectados... Yo quiero desvanecer, en lo que pueda, esta equivocación... Anselmi, en su trato, es varonil, crudamente varonil; tiene cosas de chico mimado, pero jamás afeminamientos de ninguna clase...

Aquella tarde corría por las encinadas del Pardo como un chicuelo travieso, se internaba entre los chaparrales, fingiéndose el salvaje de la selva; imitaba á Belmonte, dando recortes á un toro imaginario, con su largo gabán marrón; se revolcaba por el suelo y tenía en todo instante una broma infantil para cada uno de sus amigos.. Solamente se quedaba un poco perplejo cuando alguien le recordaba que dos días después tendría que cantar *Los Pescadores*... en el Real.

Físicamente todos conocéis á Anselmi... Su bella presencia personal es la de un buen artista: pintor, violinista, escultor ó tenor... Alto, de proporciones gallardas, de movimientos arrogantes; siempre está en *posse* de retrato. Su cabeza es una cabeza de estudio... Redonda, de tez terrosa, de facciones bastas, pero armónicas; ojos azules, mirada alegre y casi siempre interrogadora. Su frente espaciosa, demasiado prolongada porque sus largos cabellos ondulados comienzan ya á abandonarla... Habla mucho y ríe mucho. Y su charla muy pintoresca revela una sólida cultura... De todo sabe un poco y su alma un algo soñadora, siente, sobre todas las cosas, la filosofía optimista...

—Yo, mi querido señor,—me decía sentado bajo una encina—siento la necesidad de leer mucho... y después escribo un poco... Hago literatura... pensamientos filosóficos, que surgen de mi choque con la vida... ¿No? ¿Me entiende?

Esta pregunta me la hizo porque se expresaba en italiano...

—Sí; le entiendo, pero ¿no habla usted español?

—¡Oh! No. ¡Muy mal!... Francés, bien, inglés, casi bien y español, mal... No es posible hacer diversas cosas á la perfección; la energía intelectual no dá tanto de sí... Gracias que se consiga dominar una materia, no á la perfección porque perfecto no hay nada... Es decir sí... una cosa... Eso...

Y Anselmi señalaba el cielo, que aquella tarde era de un azul cobalto transparente. El sol iba hundiéndose tras los lejanos confines de la Casa de Campo. El tenor jugueteaba con su bastón haciendo rayas en la tierra...

—¿Ama usted mucho el campo?—le pregunté.

—Y ¿cómo no amarle, mi querido señor?...

¿Quién, teniendo un alma de artista, no siente la voluptuosidad de la Naturaleza?... Yo amo el campo y lo necesito para la robustez de mi garganta y para el recreo de mi espíritu...

—¿Ha estado usted unos días algo afónico?...

—Sí... sí; bastante... Me he pasado sin hablar, absolutamente nada, tres días... Mi laringe es muy delicada y siempre que vengo á Madrid se asusta de los cambios tan bruscos de temperatura... Es un tributo que vengo pagando todos los años, como el hotel y el coche...

—¿Usted es romano?...

—No... no, mi querido señor. Yo soy siciliano... Nacido en Cataro... ¡Oh, mi Sicilia!...

Y las pupilas azules de Anselmi, miraron con melancolía al cielo...

Yo continué...

—¿Pertenecía usted á una familia humilde ó...?

No me dejó terminar.

—¡Oh!... ¡No!... Mis padres eran los Marqueses de... célebres artistas trágicos. Y mi infancia al lado de ellos era estar en la gloria...

—Desde pequeño, ¿tenía usted gran afición por la música?...

—Locura; con una caña con agujeritos hechos por mí, tocaba todo lo que oía... En vista de esta pasión, mis padres resolvieron que aprendiese el violín... A los dieciseis años era un con-



Anselmi, retratado por Campúa, en El Pardo

certista muy afamado, que ganaba mis buenas liras... Ocho años estuve siendo el artista del violín...

—¿Y cómo fué descubrir sus condiciones de tenor?

—No sé cómo... El violín se encargó de ello. Yo quería cantar como mi violín. El fué mi maestro; por eso lo amo tanto... El violín es el corazón de mi arte, la laringe sólo una facultad... Yo no tuve jamás maestro... Dice Aristóteles «que el mejor maestro de uno, es uno mismo...» A esto me atengo siempre.

—¿Dónde cantó usted por primera vez?...

—En Génova, y canté *Rigoletto*.

—¿Y desde entonces triunfó usted?...

Anselmi rió con una modestia infantil.

—¿Triunfar?... ¿Triunfar?... Yo sólo debo decir que desde entonces vengo cantando y de eso hace ahora, precisamente, catorce años.

—¿Pues qué edad tiene usted?...

—Treinta y ocho años...

Hizo un gesto de cómica-pesadumbre; después murmuró:

—¡Muchos años!... ¡Muchos!... ¿Verdad?... Ya llevo gastada más de la mitad de mi vida...

—¿Cuánto dinero habrá usted ganado en todo el tiempo que lleva trabajando?

—Quince ó diez y seis millones de francos...

—¿Y los conserva usted?...

—¡Oh!, no señor. Yo apenas tengo para vivir... ¡Que ya es bastante tener!... Créame.

—¿Ante qué público le gusta á usted más cantar?...

Anselmi dudó un momento. Al fin se decidió...

—En los países latinos; porque son de mi raza y de mi espíritu... Exteriorizan sus impresiones artísticas y esto, que es muy temible, también resulta muy agradable... Yo trabajo en Madrid y si gusto, el público me idolatra... ¡Ah, si no gusto, me castiga!... En Inglaterra ó Rusia, para saber si gusto, hay que ir á la taquilla...

—Me han dicho que le teme usted mucho al público de Madrid...

—Yo, mi querido señor, soy un artista que tiene conciencia de su arte y de lo que cobra, y, como es lógico, todos mis esfuerzos y mis sentidos los pongo en hacerme digno de mi fama y de que mi sueldo sea bien ganado... Así es que yo, que como buen siciliano tengo un corazón de acero, que no se amilana ante ningún peligro, cuando voy á cantar tengo miedo... ¡Un miedo espantoso!... Sobre todo al *Paraiso*...

Y el artista hacía gestos de terror... Prosiguió:

—La noche antes y la noche después de haber cantado, jamás duermo. Esto le dará á usted justa idea de mi excitación nerviosa... ¡Es tan sumamente delicado mi arte!... Sosteniendo una conversación, usted y yo y todo el mundo,



Anselmi, paseando por el campo, acompañado de su esposa

FOT. CAMPÚA



Anselmi, ante el piano FOT. DERREY

tiene á veces un titubeo ó se equivoca, ó tropieza; pues bien; si cantando ante las seis ú ocho mil personas que están pendientes de la fragil garganta de un artista, le ocurre algo de esto, se ha hundido para siempre... ¡Esta es mi profesión!... Un torero puede tener una tarde mala; pero en otra, si tiene suerte, recobra su prestigio. Un cantante no. Un cantante está perdido.

—¿Y piensa usted retirarse pronto?

Anselmi me miró sorprendido.

—Mientras que tenga facultades y arte, no... Yo no soy un artista de órgano, soy un artista de cerebro y de corazón...

—¿Es usted ahorrativo?...

—¡Oh, mucho, mucho!...—dijo con afectación cómica—; pregúnteselo usted á mi querida esposa... Ella es mi administradora... Desde un año que estuve en Portugal y dejé allí todos mis sueldos y tuve que pedir dinero á casa para regresar, ella tomó la resolución de acompañarme.

Anselmi reía como un chucuelo travieso.

—¿Qué vida hace usted?...

—Consagrado á mi profesión.

—¿Se levanta usted temprano?...

—A las ocho... Estudio, leo mucho, escribo alguna literatura para mi uso particular y escribo música... Aquí, en España, como compositor, no se me conoce; pero yo tengo más de cien composiciones...

—¿Qué es lo que le gusta más de la vida?...

—¡La mujer y la música; son los dos polos de todos mis sentimientos... Por la música y la mujer lloro, río, canto y vivo... ¡Nada más adorable! Cuando yo estoy triste, apenado, corro á refugiarme en las caricias de mi dama ó en las notas de mi violín... Los besos y las palabras cariñosas de ella vuelven á mí la alegría de

vivir; mi violín me trae la poesía de la vida... Un hombre no es nada: un hombre y una mujer es la vida: un hombre, una mujer y una buena música es la felicidad.

El tenor se expresaba con apasionamiento, acompañándose con gesto de artista que sabe sentir hondamente.

—Y dígame usted, Anselmi: ¿Recibirá usted muchas cartas perfumadas de amor?...

—Siempre se exagera... La mujer es atraída por el que triunfa. ¡Pero no hasta el punto de enloquecer, ni mucho menos! De vez en cuando recibo alguna epístola de la pobre niña que cree encontrar en mí al Caballero De Grioux que yo represento. Si me viesen fuera de escena rectificarían en seguida. Claro, yo me abstengo de desvanecer estas quimeras, porque lo más bonito que hay bajo el cielo es un sueño dorado en una cabecita de veinte años, dorada también si es posible.

Anselmi consultó su reloj de oro, donde en vez de cifras están puestas las letras de su nombre y apellido, y de un salto se puso en pie.

—Son las cuatro menos cuarto y á las cuatro tengo ensayo, mi querido señor... Vámonos... Y echamos á andar.

Amalia, la bella dama de Anselmi, montó en su automóvil, acompañada por Senarega y por Fabra, dos íntimos amigos del maravilloso tenor. Anselmi subió á nuestro auto con Campúa y conmigo...

Y conforme nos íbamos acercando al Teatro Real su espíritu iba nublándose...

—¡Oh, qué cara cuesta la gloria!...—pensaba yo al observar este fenómeno...

EL CABALLERO AUDAZ



Baile de máscaras

Noche de Momo. Empieza el baile. Seductor, corteja á la Belleza el caballero Amor.

Triunfa el Placer. Pasean Colombinas de Plata; sin cesar piruetean los Pierrots escarlata;

la Locura, florida, rie, frente á la Vida, envuelta en áureo tul...

Canta Arlequín.
Yo, en tanto, voy en pos del encanto de una Máscara azul.

Los líricos zíganos, deslíen un vals lento. Oprimo yo sus manos, con dulce arrobamiento,

y á la Máscara acosa una extraña inquietud. Yo le ofrezco la rosa de mi audaz juventud.

Mi voz tiembla. Mis ojos, muéstranle mis antojos; contemplándola luego,

con fervor se extasían, y sus manos se enfrían en mis manos de fuego.

Huye rápida. ¿Qué pensamiento brotó en su mente? ¿Qué fué lo que la separó

de mi lado, anhelante? ¿Por qué turba mi paz, el misterio inquietante de su azul antifaz?

Cual tras una esperanza, mi alma, loca, se lanza en su busca.—¡Oh, el sueño

del romero cansino, que recorre el camino de la Vida, sin dueño!—

Un Pierror—seda y risa—, me pregunta al oído: «—¿Dónde vas tan de prisa? ¿No lo sabes? Se ha ido.

¡Yo la busques. No hay modo de encontrarla. Ella es la ilusión que va á todos y se alejó después.»

Dudo un punto. En la fiesta, Momo triunfa. La orquesta vuelve lenta á sonar.

En mi pecho doliente, hay un ansia vehemente de romper á llorar...

RAMÓN DÍAZ MIRETE
DIBUJO DE OCHOA

TRAGEDIA GROTESCA

El último Pierrot

VACILÓ algún tiempo entre comprar el revólver ó alquilar el traje de pierrot. Al fin decidió hacer ambas cosas.

Se despediría de la vida como los héroes de las esculturas helénicas, tapándose el rostro para morir. No sería Robustiano Pérez y Pérez, dependiente de *La exuberancia, frutos coloniales y del Reino*, el que despreciaba á la vida como á una mala hembra, sino el desdénado por Colombina, el romántico cantor de la luna, el que pondría flecos rojos á las sienes de la blanca careta abobaða.

Una tragedia escondida, silenciosa, habíala en el corazón de aquel mozo que suspiraba entre las latas de conserva, los sacos de garbanzos y de judías y que ponía sus manos hinchadas de sabañones sobre la cuchilla de partir el bacalao y alzaba los brazos en un ademán clásico para cortar las longanizas de perro que colgaban del techo.

Robustiano no hablaba nunca y suspiraba siempre. Al principio creían las criadas de la vecindad que su silencio era de vergüenza; porque el muchacho era tartamudo como una codorniz. Pero luego se convencieron de que Robustiano, además de los sabañones y del pelo rizado y el habla fragmentaria, tenía un secreto. Y un secreto de amor.

Robustiano, sentimental y ridículo como Werther, estaba enamorado de Carlota. Carlota gorda, rubicunda, cuarentona, era en la reencarnación española, la legítima esposa del dueño de *La Exuberancia, frutos coloniales y del Reino*. Cuando Robustiano se atrevió á declararle su pasión, Carlota empezó á reír, á reír, á reír, cual la princesa Eulalia de *Era un aire suave...*

Pero cuando Robustiano, pocos días después, intentó convencerla de que «la vida sin amor no se comprende», le arrojó á la cabeza toda una partida de cajas de «Camembert Royal» recién desembaladas y le conminó, además con la expulsión inmediata. Carlota tenía, medio enterrado en sus grasas cuarentonas, el corazón de la romana Lucrecia.

Robustiano enmudeció para siempre. Como una planta maldita quiso arrancar el funesto amor y no pudo. Probó entonces á envenenarlo de literatura. Leía novelas policiacas, y versos, muchos versos; tantos, que casi llegaron á hin-

charle de estrofas el alma como el frío de sabañones sus manos.

Y escribía sobre el papel de estraza, con el lápiz de punta roída y chupada tantas veces al sumar los «pedidos» de primero de mes.

Los domingos por la tarde se los pasaba en el cinematógrafo. Como una esponja, su corazón absorbía todo el sentimentalismo de las películas melodramáticas.

Despreciaba las mujeres y las temía á un tiempo mismo. Su tartamudez incurable y su incurable amor se complicaron para aumentar la natural cortedad de genio.

Y conforme se aislaba más de la vida exterior, su vida interna adquiría frondosidades, ramificaciones nuevas que, hallando exiguo el corazón, buscaban el camino de la garganta y la oprimían con sollozos...

Mientras, Carlota se reía, se reía, como la protagonista de *Las Golondrinas* antes de estrangularla Sagi-Barba.

Llegó á padecer extravíos lamentables. Daba corrido el peso; descubría á las parroquianas que el «codillo» tenía triquinosis y se dejó abierta una noche la espita del aceite...

Hasta que leyó en una traducción de Maucci «que un bello morir toda una vida honorífica» y decidió matarse.

Se asomaban á los escaparates de algunas tiendas las caretas y las fantasías carnavalescas. En las calles sórdidas, abrían boquetes de luz y de pecado las maniqués de las alquiladoras, con los trajes de cupletistas, los mantones chinoscos de Barcelona y los jerseys de balandrinas. Durante las gélidas noches de febrero, cruzaban las calles las estudiantinas pintorescas soplando las manos y las flautas y entrando en calor á puñetazos con las panderetas.

Robustiano sintió que en la primavera de su vida se deshojaba un otoño prematuro. Moriría vestido de pierrot cuya palabra tenía bellos consonantes—fagot, entrecot, madame Angot—y cuyo traje era una ejecutoria de poética melancolía.

ooo

Primero quiso matarse el domingo de Carnaval; pero el Smith comprado en la casa de préstamos, le falló varias veces. Era ya de madrugada, en la Castellana, sobre el suelo blanducho y multicolor, ante la estatua de Castelar, bajo

las tres señoras desnudas y con otra señora desnuda á los pies.

Robustiano tuvo que desistir. Hacía mucho frío y la pulmonía acechaba...

Pero el martes, después de cambiar la fecha á las dos cartas,—en prosa la del Juez, en verso la de Carlota—y de probar el revólver en un patinillo contiguo á la tienda, y diciéndole al amo que la detonación la produjeron tres garbanzos de Fuentesauco que se le cayeron al suelo, Robustiano se vistió de pierrot y con el revólver dentro de la bolsa de seda, se lanzó á la Castellana. ¡Como sonreiría, cruel, su rostro, detrás de la sonrisa bobalicona de la careta, cuando le pidieran bombones de aquella bolsa donde iba agazapada la Muerte!...

ooo

Con la noche quedó solo en la Castellana. Las lágrimas le ablandaban el cartón de la careta; el hambre le roía el estómago, el recuerdo de Carlota gemía como los violines verlenianos en su corazón...

Una copa de champán que le tiraron desde la Tribuna del Casino, yacía á sus pies, cual motivo de inspiración para un cartelista poco inspirado.

¿A qué hora se mató?

No lo sabemos. Pero esta vez no falló el revólver. El drama de su vida, como el gesto trágico de su rostro, se hundió en la sombra, desconocido de los hombres.

Roberto Bracco, el dramaturgo italiano, escribió una obra dentro de ese horror silencioso de máscaras que se desangran sin quitarse la careta. Pero aquella ficción no fué tan brutal de misterio y de inconsciencia, como esta verdad de un hombre que interroga á lo desconocido bajo su rostro de cartón que sonríe...

Apenas entrada la mañana, varias siluetas negras—¿eran beatas? ¿eran los viernes de la Cuaresma que empezaban?—pasaron junto al cadáver del último pierrot.

Vieron la copa de champán, creyeron que el revólver era un perfumador carnavalesco y se apartaron despreciativas.

—¡Qué asco! ¡Buena borrachera habrá cogido ese sinvergüenza!

Luis F. HEREDIA

DEJUBO DE GALVÁN

PASEANDO POR MADRID
LAS RUINAS DE LAS SALESAS

En pleno Madrid... Unas ruinas... Unas ruinas grandiosas con área dilatada, piedras que amenazan derrumbarse sobre el transeunte, secretos y lugares recónditos... Unas ruinas con sus pobladores, su fauna y su flora... Todo eso de que carecíamos a pesar de nuestras pretensiones de gran urbe lo tenemos ya gracias al incendio de las Salesas. Sólo faltan, por ahora, los turistas, y quizá un poco de poesía, que sienta muy bien a todas las ruinas. Pero, con el tiempo, también eso se conseguirá.

Hoy el soberbio edificio de las Salesas viejas sólo tiene prestigio romántico a ciertas horas. La luz del día, demasiado cruda, le perjudica. Sobre la masa gris de aquellos grandes lienzos de pared, monótonos, cuartelarios, las lluvias del otoño han ido raspando de humedad zócalos y cornisas. Las persianas cuelgan aún en algunos huecos, cosa de que no hay memoria ni en el Partenón ni en el Coliseo. Son restos livianos, lamentables, que sólo pueden compararse a la cabellera de una momia. Entre reja y reja los agentes electorales han pegado carteles amarillos y rojos con candidaturas liberales, conservadoras o republicanas. Las paredes lo aguantan todo. Pero, ¡si no fuera más que eso! Hay también letreros ostentosos para recreo y edificación del vecindario. Empiezan a torcerse y a hundirse las losas de las terrazas, con lo cual conservan por más tiempo el agua del cielo. El viento ha ido buscando sus rincones, como las urracas, y allí guarda papeles, despojos, barreduras, los objetos más extraños y las más abominables inmundicias. De vez en cuando, con harta frecuencia, los pobladores de las Salesas dejan los bancos en que toman el sol y, uno a uno, cumplen en cucullas no se sabe qué rito. Así son nuestras ruinas y para eso las queremos. Al pobre Madrid le falta tradición para respetar lo que fué y se familiariza demasiado con los recuerdos del tiempo viejo.

Pero al caer la noche cae también una niebla melancólica y purificadora sobre este caserón sin alma. Está ya cerrada la lonja que da acceso a la iglesia. En la verja destacan sobre los árboles conventuales las blancas pilastras con sus graciosos jarrones de piedra. Ha cerrado su estufa la florista. Han terminado su labor los porteros y desde la raíz del edificio hasta lo más alto de la linterna, todo queda en silencio, como muerto. El resto ya lo estaba. Entonces, la magia del crepúsculo agranda el hueco de las ventanas altas, por donde se ve pasar las nubes, y la impresión de vacío, de soledad, de ruina, nos da la pared sin techo, que no alberga nada,

que a nadie abriga. Si volvéis vuestros pasos hasta el jardín del palacio que habitó en tiempos la reina Doña María Bárbara, veréis la fachada más noble y la más ruinosa, iluminada quizá por un rayo de luna. Tal escenografía excitará nuestra imaginación asaltada probablemente por el recuerdo de lejanas lecturas. Sí. Todo contri-

ñez en un pueblo donde no llega el tren y donde se encargaba de conducir las entregas de Ortega y Frías y de Fernández y González el carro del ordinario.) ¿Cómo se salvó? ¿Quién le ayudó en tan apurado trance?

Lo único que sé es que si ahora volviera a encontrarse el monaguillo

colgando de un sábana desde el segundo piso de las habitaciones de la reina Doña María Bárbara, no dejarían de acudir en su auxilio, tomándole por un cofrade, los pobladores de las Salesas.

Inevitablemente, todas las ruinas tienen sus pobladores, su fauna y su flora. Preguntadles a los serenos y os dirán quiénes son los que buscan refugio durante la noche bajo las paredes de la Audiencia. Son todos los seres pardos que andan al merodeo, no por su gusto, sino por fuerza de su mala estrella, y que no tienen sitio mejor para dormir.

Su radio de acción se extiende durante el día. Empiezan por ahuyentar a las niñas y a los niños que juegan en el jardín, sin otra vigilancia que las estatuas de la reina Doña Bárbara y el rey Don Fernando IV.

Ronda la casa de Canónigos, acaso en espera de algún colega; trajinan cada cual en su misión, que yo no conozco, pero que debe ser molesta y árdua, porque a la hora de buscarse un pedazo de pan para comer y un nido para dormir, es mucho más cómodo nacer pájaro que nacer hombre. Luego, cuando la noche se lo consiente se congregan bajo las ruinas.

Todos habréis visto cómo duermen en montón los pobres golfos del Ministerio de Hacienda, de los soportales de la Plaza Mayor o del atrio de San José.

Estos días de lluvia, estos días de nieve y, sobre todo, estas noches tan frías, ¡tan largas!, ¿se os ha ocurrido alguna vez pensar en la moral de esos rebujos apretados unos contra otros para darse calor?

¿Seríais capaces de despertarlos para preguntarles qué idea tienen de la propiedad, de la familia, de la justicia y del orden social? Yo creo que los pobladores de las Salesas han de conservar resabios curialescos y que así como el Modelo ejerce su atracción, también la Audiencia en ruinas guarda fuerza bastante para conservarse una guarda de honor. Y si las piedras calcinadas esperan en vano la reparación y nadie se preocupa de habilitarlas ó de derribarlas, ¿por qué han de ser inútiles? ¿Por qué no han de proteger a sus fieles aunque sean tan humildes y aunque estén fuera de la ley?

Luis BELL

TIPOS ESPAÑOLES



LA CHAVALLILLA

Carmen: eres gitana. Barro del Albaicín y espíritu rebelde forjado en la Alpujarra. Tu voz es un arpegio castizo de guitarra y tu andar un redoble juncal de garrotín.

Carmen: eres gitana. Zahorí y hechicera como las gitanillas de los trágicos siglos, que zurrían consejas de brujas y vestiglos y morían danzando sobre el potro y la hoguera.

Porque sabes á mieles de corola serrana, porque sueñas á trovas de la Alhambra dormida, porque hueles á carmen, yo te quiero, gitana...

Si tus ojos traducen las cifras de la suerte, ven á ver en mis manos la raya de la vida y verás que la raya del amor es más fuerte.

CUADRO DE ROMERO DE TORRES

Carmen: eres gitana y eres mora á la vez. Tus ojos andaluces, árabes ó egipcíacos esconden tu secreto tras los iris opacos como la celosía de un morisco ajimez.

La canción de tus ojos agoreros evoca los castillos zegríes de Lucena y Zahara, donde un emir poeta sus endechas rimara por besar los claveles sangrientos de tu boca.

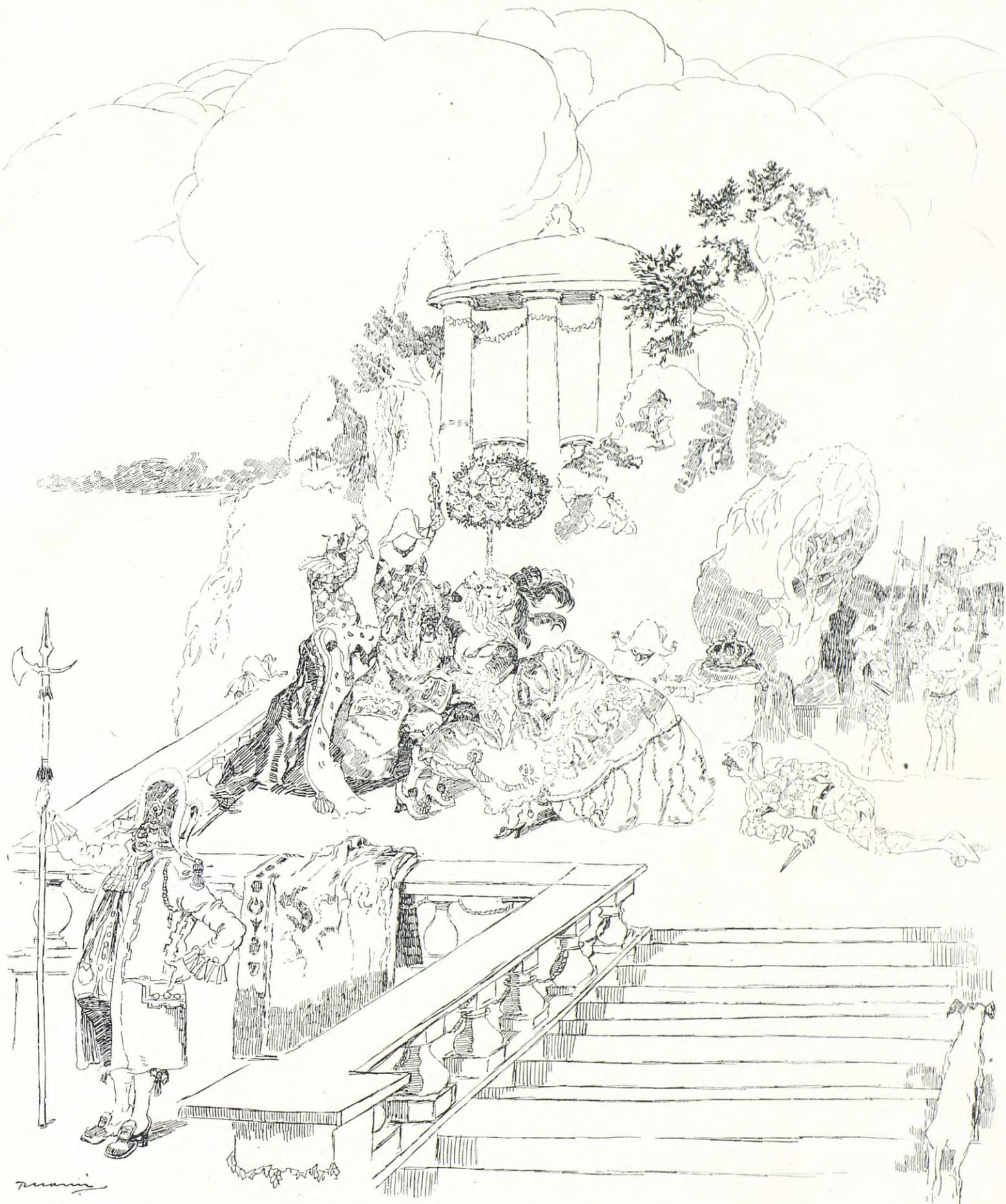
Por tí los surtidores en el Generalife con sus voces de plata dicen sus madrigales y las rosas se tiñen de carmín en su rama.

Tu cuerpo es el milagro de un divino alarife, que encerró en un alcázar de perlas y corales una lágrima, un beso, un cantar y una llama...

FEDERICO ROMERO

buye á evocar los versos románticos de Zorrilla ó de Hugo ó por lo menos las novelas por entregas de D. Manuel Fernández y González. Yo no me olvido de un interesante y dramático episodio que empecé á leer en *El monaguillo de las Salesas* y que por azares de la mala suerte no logré terminar. Estaba el monaguillo descolgándose por una ventana—por esa ventana que ahora se abre en el vacío como un ojo sin pupila—. Me parece que faltaba cuerda ó que alguien le acechaba en la oscuridad. ¿Qué pasó? Seguramente le salvaría la Providencia que antes velaba por los héroes de las novelas por entregas y ahora se dedica á interceder por los de las películas cinematográficas. (He querido guardar el misterio de esa lectura interrumpida en la ni-

EL CARNAVAL Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS



JARDÍN VERSALLESCO

DIBUJO DE MARÍN

En la plazoleta del jardín lunado
hay huellas profundas de lindos chapines;
bajo la cortina del cielo estrellado
sollozan las cuerdas de los violines.

Lejos, como un eco de infantiles risas,
su canción de plata dice un surtidor,
y en la oscura fronda, que es nido de bri-
su amorosa trova canta el ruiseñor. [sas,

Son altar y alcoba las sombras propicias,
son gala y perfume los bosques espesos;
se escucha un callado rumor de caricias
y se oyen cercanos rumores de besos.

Pasean crugientes casacas bordadas,
vestidos que ocultan un enano pie,
y unas cabecitas locas y empolvadas
sueñan con el ritmo de un lento minué.

Una damisela, que es flor de elegancia,
deshoja un puñado de claveles rojos:
es la mejor gala del jardín de Francia
por sus lindas manos y sus negros ojos.

Tapados y ocultos, tras de los cristales
del gentil templete, lloran sus desvíos
un galán amado por sus madrigales
y un galán famoso por sus desafíos.

Dicen que la ingrata finge discretoos
con la clara fuente de voz de cristal,
porque sueña á solas, en sus devaneos,
con las áureas cifras de un manto real.

Mientras suena el aire de una cavatina
y la luna llena de luz el jardín,
en la desdeñosa vive Colombina
y son los galanes Pierrot y Arlequín.—J.M.

DISCRETEOS DE LA INDISCRECIÓN

CRÉAME usted, amigo mío, detesto la buena educación...

La deliciosa criatura que acaba de maldecir el encanto de la cortesía, no es sino un juguete artificial como las simuladas espontaneidades del mundanismo. Hasta ahora solo habíamos oído renegar de la etiqueta, á los hombres tímidos, y á aquellos otros de temperamento formidable y volcánico, los cuales se sienten dentro del frac como en una camisa de fuerza.

Nunca escuchamos de labios de una mujer la condenación de la urbanidad. Se comprende, ya que todo lo que sea refrenar nuestros instintos redundará en beneficio del eterno femenino. Por condescendencia social nos está prohibido llamar antipáticas á muchas Evas inaguantables, y por idéntica concesión salen á bailar las pobre-citas cursis y las feas, y ciertamente que el hombre de las cavernas no soportaría los dengues y caprichos de la amada, igual que un *gentleman*, obligado por delicadeza y buen tono á no impacientarse y á sonreír.

Y he aquí de repente la protesta incluso ineducada—esto es predicar con el ejemplo—contra la buena educación. Y viene de uno de los productos más característicos del ambiente *protocolario*.

Esta muchacha es una rubia teñida su delgadez se consiguió en fuerza de martirios arrebatados á la ciencia de los japoneses, no habla dos palabras seguidas en su idioma, y así podríamos ir enumerando la serie de pequeños y maravillosos fraudes que convierten el carnal *bibelot* en una adorable mentira que da lástima no sea verdad, como las afabilidades y lisonjas del trato en los salones. Sin embargo, nosotros alabamos tantas bellezas falsas, no por convencimiento en la mayoría de los casos, sino para halagar al prójimo en sus manías ilusionadas.

—Créame usted, amigo mío, detesto la buena educación...

—No comprendo... Si fuera yo quien me sublevase, yo, que necesito acordarme de que llevamos veinte siglos de Cristianismo, y que voy enfundado en un *chaquet*, y que en mi cartera se guarda una cédula personal, para no apoderarme de usted sin más ni más, y renovar la nada diplomática hazaña de Plutón con Proserpina...

—Cállese y no se ponga tonto... ¿Se ha ofendido?

—Dudo cuando menos... Entre las gentes educadas, que un muñequín con ojeras llame *tonto* á su amigo, significa todo lo contrario de un insulto... Pero como usted ha renunciado al empleo de las fórmulas consagradas...

—Mire que no soy yo quien le llama tonto, que está usted diciendo una tontería muy gorda...

—¡Tontería y gorda! Ni siquiera de moda, es decir, ligera hasta pasar inadvertida...

—Hablemos en serio. ¿Sabe por qué me moles-

ta la buena educación? Porque esta señora acaba de jugarme una mala pasada...

—Cuénteme el desaffo de las dos damas.

—Imagínese que yo había decidido asistir esta tarde con mamá al concierto de la Filarmonía... Granados y Manen... bien valen prolongar por unas horas el hogar...

—Verdaderamente la encuentro á usted demolidora...

—Oiga, oiga usted... Pues señor, que he recibido una esquila de Pilarito, rogándome que la esperase, que teníamos que visitar á su prima Berta... Creo que la conoce usted...

—Sí, muy, muy, muy guapa... Pero... boba como un borreguito.

—Se equivoca usted, señor psicólogo... Usted, como todos, piensa que Berta no habla porque no tiene nada que decir...

—La verdad...

—¿Ignora usted que corre por sus venas sangre india?

—¡Ah, si yo lo hubiese sabido!

—¿Qué? ¿Se enamora usted de su barbudo abuelo, creyendo que en realidad se enamora de la sevillanita? De repente la bobería y la insulsez se han transformado en un misterio sagrado...

—No olvidemos el otro misterio, el de sus rabietas...

—No, si todo es hacer camino... Y que yo celebros con toda mi alma ver á usted deslumbrado también por la ilusión, pues así llegará á votar conmigo contra las reglas de la cortesía...

—Veamos.

—Ha ocurrido que yo he renunciado

al concierto y que me puse al balcón en espera de Pilar... Pilar dijo que vendría á las cuatro...

—Y ha faltado á la cita.

—¡Peor! A las tres y media, Pilarito, se encuentra con que no puede venir á buscarme, y como Pilarito está tan bien educada, se ha apresurado á escribirme dos letras excusándose...

—Muy bien, por parte de Pilarito, y un nuevo servicio que debemos á su enemiga de las zalemas y reverencias...

—No, señor. Porque mamá ya había salido, y yo no pude ir al concierto, y como Pilarito no pareció por aquí, me he aburrido soberanamente...

—Gracias por el premio á mi visita... Y sigo sin comprender el papel que desempeña la careada, y aseguraría que calumniada buena educación...

—Pues que si Pilarito no se preocupa de participarme que no podía venir, queda muy mal, conformes, pero yo no me hubiese aburrido... Aún estaría con la grata zozobra de esperar que nuestra amigueta iba á presentarse de un momento á otro...

En tal punto del diálogo, para acompañar su discurso con la elocuencia de los ademanes, la damisela se levanta de su butaca de cretona, en donde yacía como en un lecho de flores, y al enarbolar una ideal bandera de insurrección, se le cae un zapatito.

Apresúrase el galán á recogerlo, y deja un beso dentro del chapín.

Y dice:

—Ya que ama usted la inquietud, permita este beso, que le hará cosquillas en el pie, á cambio de hacerlas el pie en mi corazón.

Y es lo mejor que la encantadora rebelde se ha enfurruñado por la osadía del galán, desmintiendo así sus palabras. No es correcto lo que éste acaba de hacer.

Sigue una pausa fastidiosa, y el pobre muchacho no sabe cómo vencer el silencio, porque no cree oportuno y eficaz sino continuar adelantando en la incorrección.

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

DIBUJO DE LOYGORRI



EL CARNAVAL Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS



LOS DÍAS DE GOYA

DIBUJO DE MARÍN

En las gratas orillas del galán Manzanares
corren los petimetres, vagan las damiselas,
y el ruido cadencioso de risas y cantares
se envuelve en un lejano rasguear de vihuelas.

El río sobre un lecho de piedras salta y corre
cual si tuviera un sueño de espumas y de olas
y allá, sobre la aguja de la empinada torre,
Don Carnaval ensaya grotescas cabriolas.

Bajo el velo flotante de las negras mantillas
resplandecen los ojos de las majas-duquesas:
hoy son mozas plebeyas del Rastro y las Vis.illas
qué de,an sus carrozas de oro por las calesas.

Un curtidor gallardo, flor de manolera,
galán detiene el paso de una gentil tapada
y á sus ojos de mora rinde e cortesia
poniendo por alfombra su capa colorada.

El Amor hace fiesta, y es su risa tan loca
que anuncia las delicias de una cita cercana
donde una moza ofrezca las mieles de su boca
y el fuego de sus ojos al pié de una ventana.

Y entre el loco bullicio y el galán desvario
de la fiesta pagana y la noche encendida,
cruza Goya en silencio porque vé junto al río
la graciosa escultura de la Maja vestida.—J. M.



"Maria Antonieta", cuadro de Mme. Vigee le Brun



"El cántaro roto", cuadro de Greuze

DISFRACES PERFECTOS

El disfraz se ha envejecido y ha perdido su distinción en el sentido de la elegancia. Con la decadencia del Carnaval los disfraces se han hecho chabacanos, se han vuelto canallas y fáciles, cuando precisamente las decadencias deben ser las más preciosistas y las de más puras fórmulas.

El traje de Carnaval debía ser cuidado con esa atención que se le presta al traje de la estación, en vez de ser una desquiciada improvisación, un traje que se alquila, que le está bien á todos.

El traje de Carnaval pedía ser el más perfecto, porque se presta á realizar los ideales más pintorescos de cada uno.

La elección de estos trajes tiene dos campos inmensos: todo el pasado y todo el presente. Así es que la mayor fantasía puede triunfar en ellos y convertirse en realidad. Sobre las modas un poco grises y un poco sometidas á una general discrección, sobre las modas de todo el año, el traje de Carnaval podía ser, por un momento, el triunfo de lo pintoresco, lo coloreado, lo optimista en las ciudades apocadas y aplañadas bajo el peso de ese tono morigerado y general.

Las siluetas vivas y libres, despejadas, pondrían algo de fiesta en la calle; pero no esa fiesta vulgar de mantones y ridículos colorines, sino de buen gusto, pudiendo llevar los trajes diversos cuyo uso no está permitido fuera de ese momento.

Porque en el Carnaval debían triunfar de nuevo todos los grandes aciertos de la moda universal, y debían resucitar las mujeres de todas las épocas. El Carnaval debía ser una historia del traje y de la mujer, llena de viveza y de fantasía, una obra de renovación en la que resucitase la gracia, que no debió morir, de las mujeres del pasado.

Así yo me he imaginado con antifaces esos cuadros de mujeres de los museos, los más femeninos y los de una moda más acertada.



"La Tirana", cuadro de Goya

Los antifaces han sido pintados por nosotros, para demostrar cómo estos cuadros podrían servir de modelos de disfraces artísticos

Con antifaces esas mujeres tienen un valor de arquetipos para la moda del Carnaval. Son como ejemplos maravillosos para un baile de trajes perfecto, como figuras que llenarían de gracia y distinción las calles repletas de máscaras sucias, monótonas y ramplonas.

Darían distinción al Carnaval esas máscaras escogidas, elevándolo y dignificándolo con el arte que hay en ellas.

En esas figuras con antifaz el encanto se redobla y se sobrepasa; aunque sabemos quiénes son, un nuevo secreto se ampara de ellas; el secreto aristocrático y distinguido; el fondo delicado y turbador que debe haber dentro de cada máscara.

Imitando la estructura reservada y espiritual de esos cuadros, se contendría la vulgaridad plebeya que ha contagiado al Carnaval; porque el Carnaval merece una mayor consideración, más ensayos generales, más estudios lentos y apasionados, como los que se dedican á la ejecución laboriosa de un cuadro ó al poner en escena una comedia complicada y preciosa. Sin este concepto de arte, no merece vivir el Carnaval.

Viendo esas siluetas misteriosas y admirables de los cuadros, que todos conocemos, se comprenderá cómo pueden servir de ejemplo para dar un mayor realce y una mejor dirección al arte del Carnaval, alejándole de la pobreza y de las monstruosas complicaciones de esos vestidos charros, de esos eternos mantones de Manila, de esos *bebés* estúpidos, esas percalinas detonantes, toda esa mezcla abigarrada que toma aspecto de engranaje de fábrica ó de esas mesas revueltas de la más espantosa garrulería.

El Carnaval, con estos modelos, tendría un doble valor de arte y de evocaciones.

CARMEN DE BURGOS

(Collombine)

LA ESFERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



LA MARQUESITA, cuadro de C. Ruano Llopis

DE ARTE FOTOGRAFICO
EXPOSICIONES Y CONCURSOS

Yo soy de los que ni siquiera admiten la discusión de si la fotografía es ó no es arte. Soy de los que rotunda, categórica y firmemente aseguran que sí. Tan arte como la pintura ó como la música...

¿Quién puede dudar que la música y la pintura son artes? Y sin embargo, ¿quién se atrevería á afirmar que todos los pintores y todos los músicos son artistas?

Lo mismo ocurre con la fotografía; es un arte, pero no todos los fotógrafos son artistas. Lo son algunos privilegiados, como entre los que se consagran á la música ó á la pintura.

Copiar fielmente un cuadro magistral, hacer un retrato parecidísimo, teniendo el modelo ante la vista, es obra de artífice, como lo es, aunque otra cosa digan los técnicos, interpretar fielmente al piano la obra de un gran compositor. El artista es el que creó el cuadro ó la obra musical, no el que lo copia ó la interpreta.

Todo el que hace buenas fotografías, poseyendo los conocimientos necesarios, dominando la parte mecánica, en la que la práctica hace maestros, será un buen fotógrafo. Pero de ésto á ser artista en su especialidad, hay la misma diferencia que cualquiera puede advertir y establecer entre Velázquez y su copista más feliz.

En cambio, el que además de poseer los secretos en que puede adiestrarse con la práctica, posee otras cualidades que ajenas á la constancia, á la voluntad y al estudio le permiten dar á sus obras un carácter personalísimo, un especial sello de belleza, un tinte de exquisitez, que las distingue aun de las más perfectas, pasa de la categoría de buen artífice á la de artista, por virtud de esa inexplicable razón, de esa misteriosa é incomprendible diferencia que separa lo sublime de lo vulgar.



"Cuidando del rebaño", de la colección "Cantabria", presentada al concurso celebrado por el Ateneo de Santander por D. Jesús Muro Zavala, obteniendo primer premio y medalla de oro

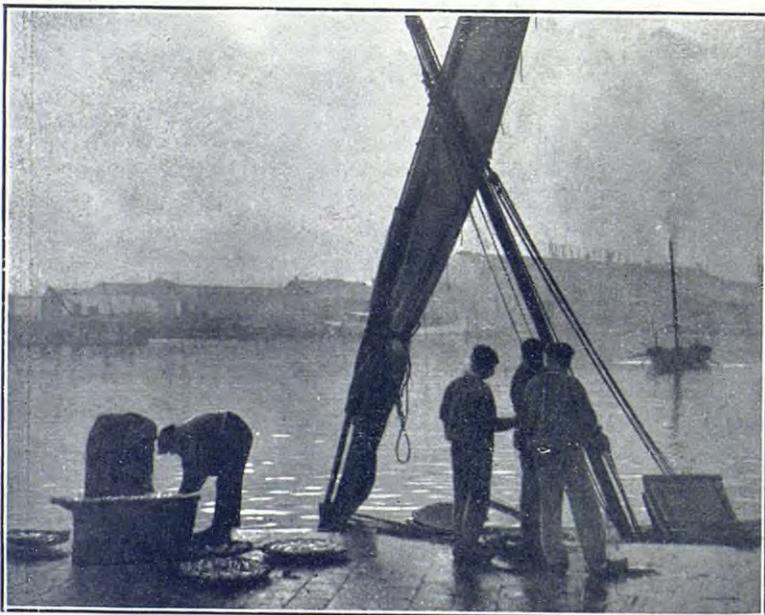
En fotografía, como en literatura, el mismo asunto, los propios elementos, pueden dar como resultado una obra admirable ó mediocre, según sea artífice ó artista el que la ejecute.

No es la mayor parte de las veces el asunto lo esencial en la producción, cuyos excepcionales méritos y cuya incomparable belleza obran el efecto de elevarla á la categoría de prodigio. Es principalmente el modo de exponerlo, lo que en literatura llámase estilo y temperamento ó personalidad en cualquier manifestación de arte.

Si se logra transmitir á la obra algo de la impresión que causara en nuestro ánimo, del sentimiento que nos produjera la idea en que se inspira ó el material efecto en que se funda, será seguramente artística, ya nos sirvamos como medios mecánicos de expresión, de los colores y los pinceles acertadamente manejados desde el punto de vista técnico, ya de la máquina fotográfica.

Si un paisaje da la sensación de poesía y de verdad que corresponde al momento y á las circunstancias en que nos propusimos reproducirlo, ¿dejará de ser una obra artística porque en vez de servirse del carboncillo sobre el papel, nos hayamos servido de la lente sobre la placa fotográfica? No porque estos elementos mecánicos sean inmejorables resultará en este caso artística la obra, pues á este efecto ha de contribuir más poderosa y eficazmente el sentimiento del que ejecuta, que la bondad de los medios de que se valga. La elección del punto de vista, el aprovechamiento de la luz, la armonía de los términos, ejercerán una influencia tan decisiva, que podrá determinar el que la obra sea ó no bella.

Y esto que al paisaje se refiere en todos sus innumerables aspectos y modalidades, puede aplicarse del mismo modo á cuantos asuntos puede



"Los cuatro elementos", fotografía de D. Miguel Renom, que ha figurado en la Exposición celebrada por este artista en Barcelona



"Las encinas de mi tierra", fotografía de D. Miguel Renom, que ha figurado en la Exposición celebrada por este artista en Barcelona



"Una calle típica del siglo XV en el pueblo de Cartes (Santander)", por D. M. Sánchez, que ha figurado en el concurso organizado por el Ateneo de Santander



"Solar montañés, en Liño", por D. M. Sánchez, que ha figurado en el concurso fotográfico, recientemente celebrado por el Ateneo de Santander

abarcar la fotografía. En el arte con que sea reproducido un monumento arquitectónico, consiste el que éste resulte más ó menos admirable. Y en el modo de colocar una figura, de componer un grupo, distínguese al artista del mero artífice; no digamos nada cuando se trata de composiciones completas en las que fotográficamente se crea un cuadro.

Para ésto no basta ser un magnífico operador. Se precisan condiciones de sentimiento, de gusto y de maestría excepcionales; todas las que necesita el pintor de género para que la obra que produzca sea digna de admiración.

Artistas capaces de acometer obra tan magna, existen pocos y son aún menos los que pueden llevarla á término feliz, porque ofrece serias dificultades que no siempre pueden resolverse sin grave detrimento del carácter artístico que debe tener la composición.

Pero el que, salvados todos los obstáculos, logra en una fotografía dar la sensación del cuadro de costumbres que pudo idear un pintor, tanto en lo que se refiere á los términos en que deben aparecer

condiciones artísticas del fotógrafo, porque el procedimiento le permite embellecer el natural. De estos trabajos hay algunos que tienen tanto mérito como una magnífica aguafuerte; sería insensato y notoriamente injusto no concederles toda la importancia artística que merecen por su belleza.

A poco que se esfuercen los artistas de la fotografía conseguirán convencer á todos, aun á los críticos de arte que parecen ser los más refractarios á esa creencia, de que con el medio mecánico de la cámara fotográfica se pueden hacer obras tan bellas y tan admirables como con cualquier otro y como nadie puede negar que donde hay belleza hay arte y que la obra humana que admira y sugiere ha de conseguirlo indudablemente por sus condiciones de belleza, no es lícito negar á la fotografía, que logra producir ese mágico efecto, la condición de obra artística, tan meritoria y tan digna de nuestra consideración y de nuestro aplauso como cualquiera otra de las que se consideran bellas artes.



"Orillas del Deva", por S. Hidalgo Campuzano, de la colección "Costas y montañas", que ha obtenido primer premio en el concurso fotográfico del Ateneo de Santander

E. CONTRERAS Y CAMARGO



"La perola del convento", por S. Hidalgo Campuzano, de la colección "Costas y montañas", que ha obtenido primer premio en el concurso del Ateneo de Santander

las figuras, como á la actitud y expresión de estas, á su relación y armonía con el fondo y con los elementos secundarios que han de prestarle los caracteres de propiedad indispensables, puede considerarse tan artista como el que lo perpetúa en un lienzo sirviéndose del trazo, de la paleta y de los colores.

Lo que se puede asegurar es que son contadísimos los técnicos de la fotografía que, aun poseyendo cualidades de imaginación para concebir un asunto y sentimiento artístico para componerlo, logran que la obra les resulte impecable, porque además de esto existe algo intuitivo, indefinible en el modo de hacer que es lo que da el tono justo y el carácter de realidad bella que requiere una producción para que entre por derecho propio en el terreno del arte.

□□□

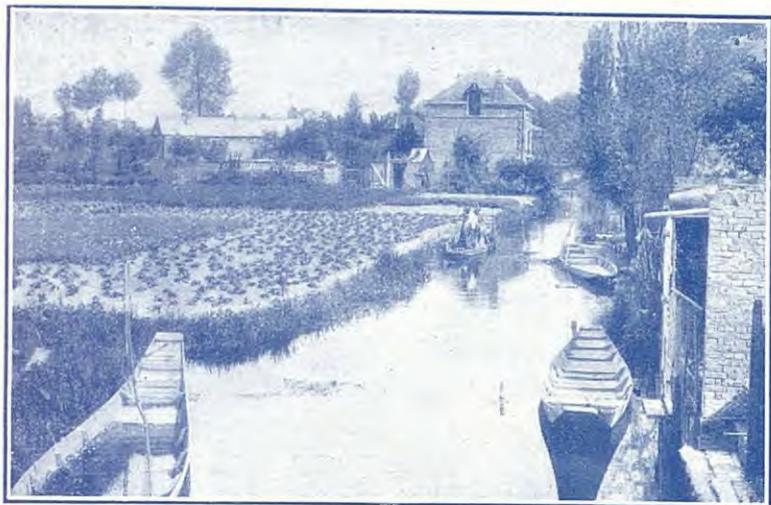
Recientemente se han celebrado varias exposiciones y concursos de arte fotográfico y muchas de las obras en ellos presentadas demuestran de modo más elocuente que los más felices razonamientos lo que la fotografía puede tener de artística. En el concurso organizado por el Ateneo de Santander, figuraron numerosas obras, algunas de las cuales reproducimos en estas páginas, y en la exposición de D. Miguel Renom, celebrada en el Círculo Artístico de Barcelona, había algunos trabajos que demuestran en su autor una exquisitez, una maestría, un sentimiento artístico que lo hacen acreedor á que se le admire por estas dotes de espiritualidad más que por las de la perfección y el dominio de la técnica.

Especialmente en los carbonos y en las gomas revélase aún más clara y decisivamente las

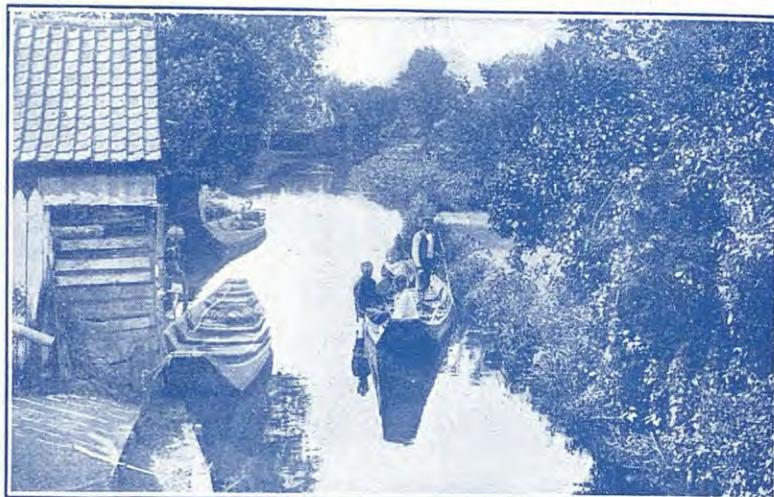


"Petruca", por S. Hidalgo Campuzano, de la colección "Costas y montañas", que ha obtenido primer premio en el concurso fotográfico celebrado por el Ateneo de Santander

LA ALBUFERA DE FRANCIA



Las lanchas de los hortelanos en el mercado de verduras de Amiens



La lancha de servicio público que recorre durante el día los canales

EN Amiens os sorprenden ya *les hortillonages*; la prodigiosa utilización del agua que cuando desemboca en el mar ha sembrado de oro el suelo de esta pintoresca región llamada Clairmarais y desde allí donde se reúnen Flandes y el Artois, hasta Saint-Omer, el golfo bordeado de islillas é islotes, los canales y las lagunas se suceden en una maraña inextricable que sólo hábiles barqueros pueden recorrer. ¡He! ¡ho!, van gritando con lenta canturía para avisar á los demás navegantes y evitar los choques en los cruces y en las curvas.

No hay nada más bello que estos verjeles. Casi el agua al nivel de la tierra entra y se filtra por todas partes, cubriéndola de un verdor tierno y transparente. En realidad, la tierra no se ve, de tal modo está festoneada, matizada de arbustos, de plantas silvestres, de juncias y juncos, de florecillas, de césped. Asombra la fecundidad de esta tierra que bebe insaciable, hidrópica. El hortelano no la deja descansar; la hace producir incesantemente; va sucediendo los cultivos en una rotación interminable; apenas si al finalizar Diciembre, cuando suelen caer algunas heladas en las madrugadas, está el suelo libre de hojas. Entre estos canales vive un pueblo singular; apegado á su terruño, á su huerta, á su jardín, á su casa, á su lancha con verdadera fiereza y creyendo que nada en el mundo es mejor que su paraíso.

El barquero que me conduce me dice:

—Esto es Venecia..., mejor aun; el agua de nuestros canales es más limpia, más azul, más alegre, y luego esta bendición de Dios que cae sobre nuestros campos, tan verdes, tan cuidados, como jardines...

Cuando yo le digo que aquello no es Venecia si se puede comparar con Venecia por el sólo hecho de que tenga canales, de que el agua vaya y venga, el barquero me mira hurañamente:

—¡Ah!, sí, nos faltan los palacios... Aquello es ciudad y esto es campo, pero los palacios y las iglesias y las altas torres están ahí, en Amiens, donde llegan estos canales... Desde aquí se ven las torres de la catedral de Saint-Omer, tan lindas, de la abadía de Saint-Bertin, y allá, al otro lado, en medio del espléndido bosque, está el convento famoso del Cister, que fundó hace nueve siglos un conde de Flandes... ¡Oh, esto no es Venecia porque es mejor, es más bello que Venecia!...

—No, no—insisto yo—; esto no es Venecia, porque es la Albufera valenciana, con su mar interior, con sus infinitos canales haciendo de cada huerta una isla y de cada isla un paraíso y en cada paraíso una barraca y en cada barraca una familia patriarcal luchando con la tierra, amándola, dándole su sangre con todo el ímpetu, con toda la crueldad y todo el hermoso egoísmo de los que tienen que bastarse á sí mismos...

Mi interlocutor se ha quedado mirándome de hito en hito con estúpido, con asombro, con desconfianza, con el temor de que me burlo de él y

de que le engañe. Y es que un francés sabe, mejor ó peor, lo que hay y acontece en toda Europa, menos lo que existe y sucede en España. Imitar á Inglaterra ó á Alemania, tener algo igual ó parecido á lo que poseen Suiza ó Bélgica ó Italia, no les parece denigrante; pero, ¿que hay en España que pueda ser digno de imitación? ¿*Les courses de taureaux*? ¿*L'Inquisition*? ¿*Le bandolerisme*?...

La belleza del paisaje, el aroma que se desprende de las fresas y de algunos frucales, me alejan de esta pesadumbre. Mi batelero me va citando al pasar los nombres de los canalillos por donde nuestra barca se desliza. Se llaman lo mismo que las calles de las aldeas bretonas: *la Marquise, le Pré, le Pré Pourri, la Rivière Sauvage*, y luego una serie inacabable de advocaciones de vírgenes y nombres de santos. De vez en cuando nos detenemos junto al escalón de piedra que sirve de muelle ó embarcadero á la familia de cada huerto y cada casa, y mi guía me hace un largo elogio del vecino que la habita; generalmente un elogio agronómico: éste tiene una mano especial para los fresones; aquél para las judías; el de más allá para las alcachofas; aquél sabe seleccionar semillas; éste obtener especies nuevas...

Se ve en estas torpes palabras que todo el espíritu de la región está en este amor á la tierra, en este enamoramiento de su fecundidad y en este cariño intenso al agua que pasa lentamente y que realiza aquel milagro de verdor. Así, reclusos en esta red de canalillos, viven las generaciones como un mundo de otras épocas. Ni ellos son capaces de emigrar, porque saben que no encontrarán región en el mundo que sea más bella y los sustente mejor, ni allí llega á instalarse ningún hombre de tierra adentro. Se suceden de padres á hijos en la propiedad de las tierras, en las viviendas, en las parentelas que se complican y enmarañan por sucesivos entronques, lo mismo que sus canales. Mezcla de flamencos y artesanos, conservan puro un tipo de belleza que en la mujer es notable, y que conoce-

mos desde los tiempos del duque de Alba. Los apellidos son siempre los mismos, dos docenas para toda aquella población: hay á centenares los Berthelot, los Colin, los Gilliers, los Dewerd; pero en las relaciones diarias los apodosos vienen á resolver estas dificultades del Registro civil. Así, mi guía me va haciendo conocer todo este directorio pintoresco:

—Aquí vive *Cara de Conejo*; aquí la *Anguila*, aquí *Flor mustia*, aquí *Oreja rota*... y así todos los vecinos. — Si no queréis volveros loco, no pretendáis nunca ser aquí recaudador de contribuciones... — Y ríe su chiste.

Ha pasado en esto una lancha. Es la que recoge casa por casa á los chiquillos que han de ir á la escuela. Cada niño lleva su libro en la mano y va canturreando la lección del día. El regocijo de aquél espectáculo fué turbado por el de un cortejo fúnebre. Al frente en una lancha el ataud y el cura en pie, rezando... Luego unas cuantas canoas con los parientes y amigos del muerto. Van ensimismados, mirándose unos á otros, como entontecidos, sin hablar palabra. Se les ve el miedo en la paralización de los ojos, en la contracción de los labios, en el fruncimiento de los entrecejos. En los huertos, los que trabajan, al ver pasar el cortejo, caen de rodillas, se descubren y rezan unas oraciones en alta voz, á gritos, *para que las oiga el muerto*. Los que le conocían y trataban le dirigen frases familiares, le llaman por su nombre, le hacen recomendaciones para la otra vida y le prometen misas y rezos. El espectáculo es conmovedor...

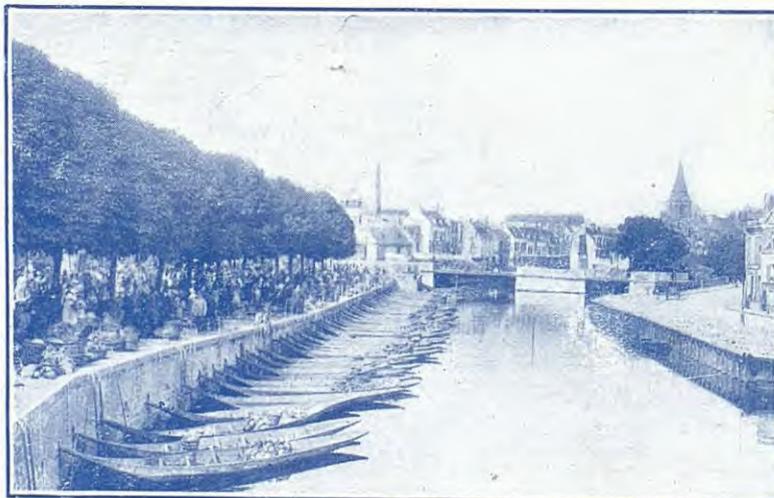
Y es que en este mundo apartado de todo contacto exterior, viven las supersticiones con la misma pureza secular con que vive la raza.

Pero, entre tanto, he aquí la intensa labor con que los albufereños franceses contribuyen á mantener la baratura de la vida en todo el Norte. Cada labrador hace su cosecha al amanecer, la embarca y se dirige á Amiens; el mercado de verduras está al borde del mismo cauce. Hay un acuerdo entre los hortelanos para

no acumular excesiva producción en un día dado, y por este convenio hay días de la semana que están vedados para ciertos lados de los canales. Tales hortelanos no pueden ir al mercado los lunes, otros los martes, y así los acaparadores de la ciudad no pueden explotar á los labriegos, enzarzándolos en competencias. Y así, con este orden, con este método, desembarcan en el muelle de Amiens cada año 7.000.000 de coliflores á diez céntimos; 60.000 cestillos de fresas; 15.500.000 kilos de judías y guisantes... Unos días cada año, llegan los parisienses á perseguir los patos salvajes que allí se refugian... Y los hortelanos, viendo la alegría de los expedicionarios, se ríen burlonamente de aquellos pobres esclavos de la ciudad, y repiten llenos de orgullo y recreándose en el encanto de sus paisajes:

—¡Es que nos envidian!

MÍNIMO ESPAÑOL



Un aspecto de la población de Amiens